

NINA BERBEROVA LA SOBERANA



Lectulandia

Nina Berberova tenía treinta años cuando escribió esta breve novela que transcurre en el París fantasmagórico de entreguerras. *La soberana* narra la historia de la pasión entre el joven Sacha, un emigrado ruso pobre pero ambicioso, y Lena, una mujer libre, rica e independiente. Atrapada por el deseo de una noche llena de erotismo, la vida de Sacha se ve transformada tras conocer a Lena. Deslumbrado por sus propios sentimientos, el joven intentará romper con el ambiente que, hasta entonces, le era familiar. Los amigos y su hermano, el taxista Iván, asisten impotentes al distanciamiento de Sacha y acaban sintiendo por él una mezcla de desprecio y compasión.

Escrita con un estilo que los críticos han comparado con Chéjov, *La soberana* subraya, a través de su triste protagonista, la fragilidad de la pasión y sugiere que toda exaltación esconde la amenaza del fracaso. Con un tono violento, a veces amargo, Nina Berberova dibuja, con trazos de acuarelista, una historia melancólica que tiene, como telón de fondo, el universo del exilio, con sus rencores y resignaciones.

Lectulandia

Nina Berberova

La soberana

ePub r1.0

Titivillus 16.09.2019

Título original: *Повелительница*
Nina Berberova, 1932
Traducción: Selma Ancira, 1996

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

I

Sasha se alejó de la ribera oscura, sintió la alegre libertad de aquel río tranquilo, el resplandor momentáneo y amplio sobre el agua y despertó. Abrió los ojos, pero no se movió y durante algún tiempo vio únicamente un trozo del papel pintado arrugado y cubierto de pequeñas ampollas empolvadas y el marco de un retrato de familia colgado a poca altura. En la habitación había oscuridad y calma, pero Sasha se sentía intranquilo, comenzaba a parecerle que se había despertado por un golpe en la puerta. Sin embargo, detrás de la puerta, todo era silencio; en algún lugar, lejos, abajo, sonaba un teléfono. En su cerebro de pronto se destapó una válvula, y comenzaron a revolotear pensamientos: recordó la velada de la víspera. Katia, la novia de su hermano Iván, había venido a buscarlo y fueron juntos al cine. Llovía, y abrieron el pequeño y agujereado paraguas de Katia; hablaron de la pureza de la conciencia humana y Sasha dijo que, con toda certeza, aquello era una cosa muy buena, pero que puedes valorar únicamente cuando la has perdido, y por lo tanto había que esperar para juzgar. Compraron entradas baratas en la galería, laterales, y se sentaron apretándose el uno contra el otro, sin moverse, de modo que cuando se levantaron para volver a casa, les dolía todo el cuerpo, y se balanceaban de un lado a otro. De nuevo llovía, pero ahora la lluvia era fina, y Sasha se negó a ir bajo el paraguas: no le gustaba llevar a Katia del brazo: ella era una cabeza más baja que él y se colgaba de su brazo sin reparar en ello; probablemente estaba acostumbrada a colgarse de ese modo del brazo de Iván, quien debía de haber encontrado ese peso agradable; para Sasha, sin embargo, más bien resultaba agotador. Anduvieron a lo largo del jardín donde reinaban la humedad y la oscuridad. Katia acompañó a Sasha hasta su casa, y luego se fue a la suya. Él estaba tan acostumbrado a aquello, que jamás le propuso que se hiciera al revés, y siempre que salían juntos ella lo acompañaba para después volver a su casa dando unos pasitos pequeños e

irregulares, con las puntas de los pies vueltas hacia dentro y golpeteando femeninamente con sus tacones.

Sonó un golpe en la puerta, Sasha se estremeció. Ya había soñado con la velada de la víspera, y con Katia que se alejaba por la calle mojada, bajo su paraguas, sin volver la vista atrás, y no supo si aquella era la primera vez que oía llamar a la puerta o si era ya la segunda, y, en caso de que fuera la segunda, ¿cuánto tiempo habría pasado desde la primera?

Se levantó de un salto, con los pies descalzos se acercó a la puerta y la abrió. Allí se encontraba el cartero, con la nariz roja y brillante, despidiendo un fuerte olor a alcohol y a calle. El cartero traía una carta certificada para Iván, no para Sasha, pero Sasha firmó el recibo, dio a aquel hombre una propina y se acostó de nuevo.

Así pues, la víspera, cuando Katia se había ido, él había subido hasta su casa. Se había acostado y se había quedado mirando aquel retrato de familia que ahora se veía completo; se había recostado en la amplia y cómoda cama y había abierto un cuaderno cuadriculado. Katia le había dado ese cuaderno unos días atrás; en él, cuando todavía no era más que una escolar, había copiado sus versos favoritos, ¡y qué no había allí!

La caligrafía de Katia era entonces uniforme, redonda, regular. Hacía las mayúsculas con un esmero todavía mayor y escribía sin tachaduras. Sasha conocía parte de aquellos poemas por la escuela, otros los leía por primera vez. En ese momento él no pensaba qué podría haberle gustado entonces a la Katia de quince años, leía el cuaderno como si fuera un libro.

Leía una página tras otra, despacio, moviendo los labios, deleitándose gracias a una cierta belleza palpable. Un poco después de la una puso el cuaderno a un lado, levantó un brazo, apagó la luz y de pronto en su cabeza comenzó a dejarse oír el eco de aquella poesía: acudían las rimas, llegaba la música; pensó que sería muy fácil retener algo, pero sólo recordaba unos cuantos versos sueltos que se mezclaban con otros y que sonaban como una cuerda larga y embriagadora que luego se perdía.

La carta. ¡Ah, sí, la carta! El cartero había traído una carta para Iván. Estaba sobre la mesita, Sasha ni siquiera le había echado una mirada, no sabía de dónde venía ni quién la enviaba. Se incorporó en la cama y tomó el sobre entre las manos: era una carta de Pittsburgh, de la señora Turn, es decir, de su madre. Sasha miró el reloj: eran las ocho, Iván volvería de un momento a otro.

De nuevo se dejó caer sobre la almohada. La noche anterior se había quedado dormido, extenuado por los versos, y durante un rato bastante largo

no había soñado nada, no había hecho más que dar vueltas en la cama violenta y acaloradamente. En una ocasión se había despertado: estaba acostado en diagonal al colchón, con la cabeza colgada sobre la alfombrilla, y murmuraba:

Tibia aún por el gran calor.
La noche de julio resplandecía.

Se acomodó en la cama, se envolvió con la manta y de nuevo se hundió en el sueño.

Ahora estaba acostado y pensaba que ese mismo día, cuando fuera de noche, tomaría de nuevo el cuaderno de Katia y se pondría a releerlo, como algo ya conocido, pero no del todo familiar. Vio frente a él un día largo e importante y se alegró de vivir en el mundo, de estar sano y de ser libre, de no ser demasiado pobre, de ser un hombre casi íntegro y de poder ver a Andréi.

Y mientras se alegraba de no tener ni pasado ni presente, sino únicamente futuro (inventado por Katia y por Iván, pero que él ya había asimilado completamente), oyó los pasos de Iván por la escalera. Cada día eran los mismos pasos, y Sasha los conocía, los esperaba e involuntariamente los seguía hasta que éstos cesaban junto a la puerta.

Ahora ya era tarde para levantarse, ahora había que esperar a que Iván se desvistiera; de lo contrario, la habitación resultaba demasiado estrecha.

—Esta habitación fue inventada expresamente para nosotros —había dicho en alguna ocasión Iván—. Mientras uno duerme, el otro usa la silla. Cuando uno se levanta, el otro ya no está, y etcétera.

Entró, se quitó y colgó de un clavo todo lo que llevaba puesto, quedándose únicamente en calcetines y calzoncillos. Se lavó sin prisa, se restregó con el cepillo, se humedeció los cabellos, tupidos y negros; sus omóplatos se movían debajo de su piel morena, y debajo de sus axilas, hacia atrás y hacia delante, se dejaban ver unos manojos de pelo duro; sobre su pecho lucía un triángulo recto, rizado, negro, sobre ese pecho fuerte y moreno, con un par de pezones castaño oscuros, lisos y pequeños.

Se secó poco a poco, frotándose detrás de las orejas; se pasó las manos por la cabeza; se frotó la cara con energía, hasta alcanzar un color rojo subido, se frotó también los brazos a la altura de los hombros, donde lucía unos músculos altos y protuberantes como bolos. Después se puso una camisa rayada con botones blancos y, dando un graznido, pasó de los calzoncillos al pantalón del pijama. Sasha se levantó de la cama de un salto, desperezándose

de tal manera que ésta rechinó, e Iván se lanzó pesadamente hasta ella, calentita, arrugada, estiró las piernas y bostezó profunda y contagiosamente.

Tomó la carta, la puso a contraluz y miró a través del sobre: no se distinguía nada. El sobre era compacto, de un papel grueso; Iván sacó todo de una sola vez: contenía una carta de su madre, cosa rara, pero a pesar de eso, Iván no sintió ninguna alegría. Había también la fotografía —que aunque hecha por un aficionado era excelente— de una mujer con un perro, una mujer que llevaba un vestido blanco, de piernas cortas, ojos claros, labios desdeñosos y cuello grueso; había también un cheque a nombre de Iván, de un banco norteamericano, neoyorquino; un cheque por mil francos con motivo del otoño, con motivo de la universidad de Sasha, con motivo de la boda de Iván, con motivo de que durante más de un año no había habido otros cheques.

Sasha se vestía, Iván leía. Leía la carta para sí mismo, deslizando los ojos con rapidez por los renglones, pasando la espléndida fotografía por debajo de su nariz y aspirando su aroma acidulado. Una vez que la hubo terminado de leer, comenzó de nuevo, pero ahora en voz alta. Sasha, que ya se había atado su arrugada corbata azul oscuro al cuello, se sentó en la silla, con su camisa azul fruncida bajo la presión de unos tirantes que corrían a lo largo de su columna vertebral.

 Mi querido Vania:

 Dios no te perdonará el silencio que has guardado durante los últimos cinco meses ni tampoco que tú, como si yo no fuera tu madre, y no te amara enormemente, y no rezara por ti cada noche, hayas prohibido a Sashura, mi pequeño, que me escriba. Es inhumano obligarme, como si yo fuera ajena a vosotros, a escribir a personas extrañas para, por intermedio de ellas, poder tener noticias de mi Sashura, para enterarme de que ha aprobado los exámenes, por ejemplo. ¿Acaso soy tan criminal que no se puede mantener conmigo correspondencia? ¿Qué cosa tan terrible he hecho? En la vida sólo se vive una vez, y si yo me hubiera quedado a vuestro lado en vez de partir con Harry, no tendría la posibilidad de enviaros de vez en cuando este dinero, que no sin dificultad logro que me dé, ocultándole, por supuesto, que es para vosotros. Y si tú piensas, mi querido Vania, que me vendí, estás absolutamente equivocado, porque era una cuestión de amor. El amor se apoderó de mí hasta mi último suspiro, y yo no podía oponerme a ese sentimiento, más

aún porque se trataba de un hombre noble y de una familia extraordinaria. Te juro que no es, en absoluto, más joven que yo, es de mi misma edad, y si lo dicen es únicamente con el fin de predisponerte en contra mía. Y... si él tiene algún capricho con respecto a ti y a Sashura, ¡hay que perdonárselo! Cada uno tiene su propio destino, y Harry no quiso cambiarlo en aras de los hijos ya crecidos de su pequeña esposa. Quizá haya sido una debilidad de mi parte, pero ¿qué podía hacer yo? Si vosotros hubierais sido mis niños pequeñitos, habría muerto primero, antes que abandonaros, pero tú ya incluso trabajabas y mantenías a Sasha, y, además, nunca habéis sido cariñosos conmigo. Que Dios lo tenga en los cielos, el difunto Alexandr Petróvich, tu papá, jamás me dio ese amor que suele merecer una mujer. Y de pronto, en el camino de la vida, me encuentro con un hombre que comprende mi alma como nadie lo había hecho. Ama todo lo bello; disfruta de los paseos por el mar, de los conciertos, de los teatros, no sólo tiene una gran inteligencia para los negocios, sino que además lee libros y periódicos. Y tú has puesto en contra mía a Sashura, no me escribes, me atormentas con tu silencio y además me condenas cada noche al insomnio y a la preocupación. Me he enterado de que tienes novia y de que quieres casarte... ¿Quién es? ¿Es bonita? ¿Goza de una buena posición? Recuerda, mi querido Vania, que no hay nada peor en la vida que echarse encima una carga; luego vendrán los niños y la pobreza es capaz de carcomer aun al mejor de los hombres.

De Sashura sé muy poco, sólo que hizo los exámenes brillantemente. Le envió algo para que se compre un trajecito. La ropa quiere decir mucho en la vida, el aspecto exterior de un hombre define con rapidez su posición en la sociedad, y las mujeres lo miran de manera diferente. Envío una fotografía tomada al borde del océano, en donde Harry y yo hemos pasado el verano. La perrita se llama Dolly.

Querido Sashura:

¿Te acuerdas todavía de tu mamá? Deseo que estés bien, mi pequeño, y que quieras a tu madre. Ella te ama y llora por ti a cada momento, sobre todo por las noches, cuando toda la

naturaleza enmudece y el alma se siente de pronto triste, muy triste por los recuerdos de la vida.

Iván leyó toda la carta en voz alta, sintiendo vergüenza de algunas expresiones y queriendo deslizarse por ellas, como intentando convencer mentalmente a Sasha de que se deslizara con él, de que no se detuviera en ellas. No obstante, eran precisamente aquellas expresiones las que retenían la atención de Sasha, era en ellas en las que Sasha oía con mayor nitidez la voz de su madre y, como un serrucho que le pasara sobre el corazón, lo atormentaban con su vulgaridad, lo abrasaban de compasión y de nuevo despertaban aquella antigua y hostil confusión, que en ocasiones se transformaba en largos meses de indiferencia, casi olvido.

Iván miró el cheque con atención y lo puso en su gastada cartera, después levantó la fotografía, la miró largamente y dijo:

—Las huellas de la belleza pasada están todavía intactas. Por lo demás, ahora da igual, puesto que han legalizado el asunto, él no la echará, y ella tiene la vida asegurada hasta el sepulcro. Las huellas pueden perderse: ella es ahora Mrs. Turn por los siglos de los siglos.

Puso a un lado la fotografía y se recostó, disponiéndose a dormir, pero sin embargo, dijo:

—¿Qué pasará con el dinero?

Sasha sonrió en silencio, se quedó pensativo. Le parecía que era mucho dinero. Iván dijo de pronto con firmeza y sequedad:

—Para ti un traje y unos zapatos; para Katia un reloj de pulsera.

—¡Magnífico! ¡Espléndido! —exclamó Sasha.

Iván se acostó, por fin, definitivamente. Sasha se levantó, se puso su abrigo a rayas grises y salió. Bajó a la calle, todavía pensando en Andréi. Andréi era la tan esperada alegría del día de hoy.

A causa de los presentimientos que le alegraban el corazón, la mente de Sasha estaba inquieta. Las calles parecían muy concurridas, los jóvenes iban de un lado para otro, en los portales del viejo teatro se vendían libros; el olor a chocolate cocido salía flotando desde la puerta abierta de la panadería, no quedaban huellas de la lluvia de la víspera, sólo desde el jardín, por momentos, llegaba el húmedo y fuerte verdor otoñal de los arbustos y de los árboles que la ciudad no había estropeado. En el cielo poblado de nubes, pero aun así claro, se hallaba invisible el sol, y hacía daño volver la vista hacia arriba. Sasha entró en una cafetería y, sentado a una pequeña mesa, se bebió

un café con leche en una gran taza blanca con adornos dorados, se comió un bollo alto y con la cabeza puntiaguda, y de nuevo se fue por la acera seca, la que había mojado la lluvia y secado el viento, andando hombro con hombro con las jóvenes, con los extranjeros, con los señores de portafolios que se apresuraban a llegar a sus cátedras. Había mucho ruido, y los raíles del tranvía que se extendían a lo largo del bulevar resplandecían al contacto con la luz del sol.

Entró en el patio, donde sus pasos sonaban de una manera diferente sobre las piedras planas. Dos personas lo adelantaron gritándole algo, a lo que él respondió con un movimiento de cabeza y una sonrisa. Se apoyó en la puerta; por la escalera y en el corredor de abajo caminaban o se detenían, conversando con discreción, estudiantes de gafas, con el pelo alisado, morenos, rubios, desconocidos y conocidos; tres muchachas obstruían el paso al sacudir al viento sus libros completamente abiertos, de los cuales caían volando hojas copiadas a mano; había un rumor constante y regular.

Andréi estaba bajando cuando Sasha lo vio: «No es el mismo, no es en absoluto el mismo —pensó—. Es alguien completamente nuevo». Le estrechó la mano; eran casi de la misma estatura, pero Andréi parecía más alto debido a la costumbre que tenía de echar la cabeza hacia atrás, a sus tupidos cabellos, erguidos sobre su frente regular, y al hábito de mirar por debajo de sus pestañas, lo que le confería un extraño aire de persona inalcanzable.

—Volviste ayer, ¿verdad? —dijo Sasha con una alegre inquietud—. Estás bronceado.

—Volví ayer —repitió Andréi—. Espérame un momento, saldremos juntos.

—Pero dime cómo... Espera, dime cómo te ha ido todo este tiempo.

—He estado trabajando seis horas diarias. ¿Y tú?

Sasha se dio prisa para responder y no supo qué decir. Andréi se apartó.

—Te esperaré en la calle —gritó Sasha, y alguien se volvió a mirarlo con sorpresa.

«No lo alcanzaré nunca —se dijo a sí mismo Sasha al atravesar las puertas para salir a la calle—. Siempre va delante, y yo siempre estoy atrás. Y esto lo saben todos, también lo sabe Jamier». Se quedó esperando junto a la puerta, después dio unos diez pasos a lo largo del muro hosco y oscuro y luego atravesó al otro lado de la calle.

Allí, en la vitrina de la tienda de geografía, había expuestos enormes mapas mudos, de color marrón—azuloso, y otros también, con las fronteras

señaladas en color violeta y rosa, con puntos y con nombres de ciudades; había un globo achatado que se sostenía sobre una patita gruesa y corta.

Sasha se detuvo a mirar, reflexionando para sí mismo por no tener otra cosa que hacer, que la geografía es también, con toda certeza, una ciencia magnífica, a la cual bien pueden entregarse los años de juventud, una ciencia que tiene algo especial, que ya, hablando con propiedad, no es ella misma sino su ilimitado sueño: satisfacer la sed del hombre por los viajes y los cambios de lugar, la sed del olvido de uno mismo, del propio estado material externo en el mundo, que obliga al hombre a buscar una corteza diferente, a romper a su alrededor el marco que ha sido creado por la gente y por las circunstancias, a destruir las asociaciones anquilosadas que produce su nombre, su rostro. Durante el tiempo que Sasha reflexionaba de esta manera, pasando la mirada sobre el color marrón de América del Norte, sobre sus montañas, sus valles y sus pantanos en busca de Pittsburgh, oyó cómo detrás de su espalda se detenía un automóvil que le impedía ver las puertas de la universidad. Echó una mirada.

Se trataba de un automóvil azul, de cuatro plazas y cerrado. Al volante iba una chica, y junto a ella, otra. Sasha no miró a la segunda; de pronto, se había sentido atraído por la primera, por sus tranquilas y pequeñas manos posadas, como olvidadas, sobre los radios del volante y por su rostro, muy joven, excitado, que tenía unos ojos pícaros y resplandecientes.

—Mira hacia allá, tiene que salir de un momento a otro —dijo ella, y levantándose el puño del vestido miró el reloj—. Hoy saldrá a esta hora. Estoy segura.

El motor enmudeció. Sasha permanecía inmóvil.

—Pero si apenas llegó ayer —respondió la segunda—. Seguramente hoy se habrá quedado en casa. Me temo que nos hemos acercado demasiado, te reconocerá.

La primera negó con la cabeza. Habían bajado la ventanilla, Sasha pudo observarla: llevaba puesto un vestido azul, en el cuello una estola de zorro negra. De pronto salieron unas cinco personas por la puerta.

—¿No es él? —preguntó la segunda.

—No, no. Él es mucho más alto.

Ya fuera que se asomara, ya que se escondiera, ella se movía con bastante brusquedad. Sasha oía cómo sonaban los resortes, cómo rechinaba la piel del asiento. Estaba ansiosa; sacó el pañuelo y más de una vez se lo llevó a los labios. La calle se impregnó de un olor a perfume.

—¡Es él! —gritó y se agarró de nuevo al volante—. Mira, es aquél, ¿lo ves?

Apretó el pedal y el automóvil se puso en marcha.

—¡Mira, mira! —no cesaba de repetir. Comenzaron a alejarse.

A través de las ventanillas del automóvil en movimiento, Sasha vio a Andréi que atravesaba el umbral de la puerta. Éste se detuvo un momento buscando a Sasha con la mirada. Pero Sasha antes de cruzar para ir a su encuentro, miró el automóvil que se alejaba: éste giró en la esquina y a través de la ventanilla abierta, con una negligencia que denotaba seguridad en sí misma salió, enfundada en un guante grueso, la mano de la otra, de aquélla cuyo rostro Sasha no había visto aquel día.

Se fueron juntos y Sasha no podía despegar la vista de la cara de Andréi. Salieron al bulevar.

«Seis horas diarias de trabajo, ¡y cómo se ha bronceado!» —pensaba Sasha.

Conversaron: Sasha hacía preguntas, Andréi daba respuestas, el ruido de la calle apagaba sus voces, en ocasiones incluso les impedía oírse; los transeúntes los dividían, ellos volvían a unirse; parte de las palabras se perdían en el aire ventoso.

—No tengo ganas de hablar ahora —llegó hasta Sasha—; tengo una pereza terrible de contarlo todo con detalle. Sería necesario que supieras cómo vivíamos, de otro modo no lo comprenderás...

Sasha sintió que en ese momento daría comienzo algo importante, y se pegó al hombro de Andréi.

—Ella tiene diecinueve años. Te será difícil entender, es algo especial.

—Sí, claro que entiendo, entiendo. No hace falta...

—Son importantes los detalles. —Andréi se escabulló rápidamente hasta el lado opuesto de la acera, pero Sasha lo alcanzó, y durante unos cuantos segundos estuvieron sin moverse del mismo sitio.— Tengo todo tipo de planes para este invierno. Imposible exponerlo todo de una sola vez.

Se despidieron en la esquina, frente a la panadería, y Andréi dijo que después del almuerzo estaría en casa, y que estaría bien que Sasha pasara a verlo para poder conversar un poco más y, ¡ah!, a propósito, para recoger sus libros. Y Sasha aceptó con gusto.

—¿Y tú cómo has estado? —preguntó de pronto Andréi, deteniendo su mirada en el rostro de Sasha—. Habías comenzado a contarme algo y te he interrumpido.

Sasha soltó la mano de Andréi.

—Pasaré hoy por tu casa —dijo—. Iré a verte sin falta.

Esperó a que Andréi se alejara y en vez de ir a casa, entró por las amplias y claras puertas del jardín y se sentó en un banco de piedra que estaba debajo de un arce todavía muy fresco y tupido.

«¿En qué me habrá interrumpido? Yo no tengo nada. Estoy solo, sólo conmigo mismo, y no tengo nada más en mi vida. ¿En qué me habrá interrumpido? ¡Ah, si, Zhanna! Pero si es una sombra, y de cuanto ocurrió con ella no quedan más que sombras. Todo se ha perdido, se ha desvanecido. El hoy está tan vacío como el mañana». Se encogió y miró la lejanía tranquila y descolorida del jardín.

Su Andréi estaba enamorado, Andréi era amado. Aquella jovencita que había visto sentada en el automóvil, había palidecido mientras lo esperaba; además, había colocado a su lado a su hermana o a su amiga, para enseñarle a Andréi. Ella ya formaba parte de la vida de él, de su presente; ella misma era su presente. Sus pensamientos estaban empapados de ella, de ese bienestar pesado e inmóvil; y ella... ella tal vez, ahora mismo le estuviera hablando a alguien de sus manos queridas, suaves y fuertes, con uñas imperceptibles pero regulares; o de cómo la había amado él a la orilla del mar, en donde, seguramente, ambos habían vivido durante el verano. Ella había traído consigo a su amiga, no hacía de esto un secreto, es decir que no era algo pasajero. Si no fuera algo sólido y firme, Andréi le habría hablado al respecto, como siempre habían hablado entre ellos, con una precipitación que desarma: sí sucedió; era bella; el marido llevaba unos calzoncillos divertidos; o bien: el marido no estaba; tenía tres niños; me invitó a Lausana. Pero ahora él hablaba de manera diferente, de forma nueva. Tiene diecinueve años, una estola de zorro negra y un pañuelo blanco en el bolsillo lateral de la chaqueta. Es una señorita, puede convertirse en una novia.

Y de pronto sintió que estaba solo, y este descubrimiento le produjo confusión. No se trataba de aquella «soledad altiva» sobre la cual pensaba de cuando en cuando, de una manera libresca y exangüe. No, ésta era una soledad sin altivez y sin orgullo; él simplemente estaba solo. Es cierto que a su lado se encontraban Iván y Katia, sin los cuales su vida habría sido imposible, estaba también Andréi, a través del cual, en parte, él veía el mundo. Pero él percibía su alma como algo que no podía unirse a nada, como una sombra doliente y triste. Al recordar los versos sobre la soledad que había leído en el cuaderno de Katia, pensó; «Si fuera poeta, sacaría un beneficio

sensato, provechoso, de mi situación actual, pero, como no soy poeta, es simplemente absurdo e inútil que me fatigüe». Sin embargo, no había ni amargura ni resignación en este pensamiento. A continuación sintió un frío habitual: el hecho de que se encontrara al mero comienzo de una vida premeditada y decidida (eso le decían), acompañaba sus reflexiones con la certeza de que todo estado de ánimo pasa, la mayoría de las veces, sin dejar huella, en tanto que la realidad, preparada para él por otras personas, era algo inmutable, puesto de una vez y para siempre a sus pies, y que a él no le quedaba más que entrar en ella.

Las cosas estaban así desde hacía cuatro años: su madre los había dejado hacía cuatro años. En aquel entonces Iván trabajaba de día, y su madre trabajaba como dependienta en un gran establecimiento de sombreros: el inglés había sido siempre su orgullo. Y he aquí que después de muchos vagabundeos y miserias, de una vida bastante desordenada y miserable, una vez que Sasha hubo terminado el liceo, se decidió que continuara los estudios. Pero en otoño la madre se fue, se fue con lo puesto, con una camisa de encaje ligera, unas medias de seda artificial, unos zapatos de charol, y el único vestido rojo decente que tenía. Se fue con un grito, bañada en lágrimas. Sasha se tapaba los oídos, se avergonzaba de ella. Iván esperaba en silencio a que todo aquello terminara. Ella se lanzaba contra los dos muchachos con besos húmedos, invocaba a Dios, gemía, era presa de convulsiones (imposible distinguir las reales de las ficticias) y gritaba que Harry Turn era su única salvación, que hasta ese momento nadie, nadie había sabido comprenderla, que Alexandr Petróvich, su difunto marido, la había hecho sufrir durante toda su malhadada juventud, porque él era ordinario y terrible. Se desahogó con sus hijos, les contó su noche de bodas (veinticinco años atrás), cuando ella, una niña de dieciséis años, había sido aplastada por el corpulento Alexandr Petróvich, y por la mañana le había dolido la cintura, a tal punto que no había podido ni siquiera levantarse, y cómo tenía el pecho cubierto de moretones que le habían hecho sus dedos y sus besos. Y ahora había aparecido Turn. Tenía cara de caucho, con labios de caucho, guardaba silencio pero lo entendía todo, era generoso y quería casarse con una rusa porque amaba la actualidad, y una mujer rusa era algo actual. Pero él no quería que esa mujer tuviera hijos (los hijos ya mayores de un palurdo ruso), aunque hubieran sido los hijos de un general: no tenía ninguna necesidad de hijos. En una ocasión había visto a Iván, había visto sus manos negras: la fuerte uña del dedo gordo le había resultado particularmente desagradable. De Sasha sabía simplemente que era un estudiante, con toda seguridad borracho y mujeriego. Turn no creía

en Dios, sabía que la fábula del camello y el ojo de la aguja no era más que una fábula, y él no la soltaría hasta haberla conseguido. Y fue esa terquedad la que hizo que se enamorara de él como una esclava esta rusa, a quien Turn en silencio agasajaba en distintos restaurantes con bogavantes y perdices, mientras la orquesta interpretaba melodías eslavas.

A Sasha no le turbaba la idea de tener que estar agradecido a alguien por cada minuto de su felicidad, por cada hora de éxito y seguridad en sí mismo. Para él todo se había decidido de una vez y para siempre: no se separaría ni de Iván ni de Katia; sabía que trabajaría para ellos como para sí mismo, y la idea de estar unido a ellos para toda la eternidad no le resultaba pesada. Él intuía cuán yermo resulta vivir sin obligaciones, e incluso se alegraba de tener una deuda en la vida, una deuda que pagaría eternamente: estaba unido a dos personas por fuertes lazos materiales, y a pesar de que no sintiera ninguna cercanía interior ni con Iván ni con Katia, sabía que ellos jamás lo abandonarían, como él no los abandonaría, y en esta alianza, aunque sólo fuera de una manera externa, había algo positivo e indestructible.

Esta alianza eterna, por otro lado, no lo ataba de ninguna manera, y le dejaba la libertad que él necesitaba en la vida. Y como además tenía muchas ganas de sentirse libre, incluso la elección de su carrera (cosa que Iván había hecho por él, y en la cual tanto había ayudado Andréi), incluso esta elección había comenzado a parecerle, de un tiempo para acá, algo que él mismo había decidido. Estaba satisfecho con la elección y con su imaginaria independencia. En ocasiones, de una manera confusa e intranquila, presentía que la libertad humana era algo más de lo que él conocía, que existía una libertad real que conllevaba una responsabilidad sólo ante uno mismo, pero eso era algo que él todavía no había experimentado. Presentía que más tarde o más temprano (seguramente más tarde que temprano) se abriría frente a él un camino difícil, que surgiría el misterio, que sería necesaria la lucha; esto siempre lo relacionaba con la idea del amor y la mujer. El amor y la mujer deberán complementar y adornar su vida. Ya había comenzado a comprender qué era justamente lo que no necesitaba: ¡Katia! Katia era usual, ligeramente terca en cosas insignificantes. A él le hacía falta alguien muy especial, una mujer callada y sumisa. En la vida había tenido dos relaciones: no había conocido la fidelidad, las mujeres lo habían abandonado. Esto no se lo había confesado nunca a nadie, ni siquiera a Andréi.

Las mujeres lo habían dejado y nunca más habían vuelto. En ambas ocasiones había sentido el momento en que aquello sucedería, pero no sabía ni podía luchar. Aquellos ojos en los que antes se había mirado, de

pronto se habían llenado de tedio. Él se quedaba pasmado mirando aquellas apagadas pupilas y la tristeza lo abatía. En esos momentos se le venía encima su propia pesantez, su estancamiento y su inmovilidad, y comprendía que todo había terminado, de una manera irreversible, irremediable. Y casi no lo lamentaba.

Aquel amor que tendría que llegar en algún momento, no existía todavía. Y él ignoraba qué hacer para preparar y facilitar su llegada. Cuando desaparecía aquello que solía llamarse amor, quedaba cierta perplejidad, un pinchazo al amor propio, pero una actitud prudente hacia sí mismo le ordenaba liberarse de esta arena que se esparcía inútilmente. No era libertinaje, tampoco era enamoramiento, era un sucedáneo del amor. En este sucedáneo había todo lo que suele haber en el amor, pero de una manera tan lastimosa, tan degradada, que por momentos sentía vergüenza de sí mismo. Habría sido mejor que fuera únicamente enamoramiento, con manos sudorosas y temblor en la voz, con premeditados rozamientos casuales, un enamoramiento largo, agotador, en el límite del desvanecimiento espiritual, pero en cambio, a su manera, lleno de algo. Habría sido mejor que fuera libertinaje directo, intenso y breve, pero que con su sola autenticidad se habría ganado el derecho a la existencia. En último caso no habría necesidad de ruborizarse por los recuerdos, cuya única agudeza era la mentira. Pero aquí todo ocurría en pequeñas cantidades: hasta el libertinaje era el justo como para que uno se encendiera y luego se apagara, y el enamoramiento era el justo como para beber a lo largo de la noche vino del mismo vaso; y en cada momento estaba presente la posibilidad de romperlo todo, de abandonarlo, de huir, sin sentir en ningún momento el impetuoso deseo de traicionar al mundo entero por una mujer, de perderse a sí mismo, de morir.

Almorzó solo y cuando terminó de almorzar, sin pasar por su casa, se dirigió a casa de Andréi.

Caminaba por el bulevar en donde a aquella hora había incluso más silencio que por la mañana. Los enormes almacenes, con sus vidrios de arriba abajo, resplandecían con la abundancia de las mercancías que exhibían: ya podían ser sombreros de hombre que descendían en una hilera por las paredes de la vitrina, para enrollarse abajo en un apretado espiral; ya podían ser zapatos que subían por escalones de vidrio hasta el techo, en donde permanecían en filas, inmóviles, otros zapatos de menor calidad. En guirnaldas pendían los embutidos, y como muertos yacían los libros, y

resultaba agradable ver los grandes cuchillos para cortar las gallinas y las pavas.

La consulta del médico había comenzado, y en la sala esperaban algunas mujeres que, despacio y con una atención exagerada, hojeaban revistas, y se miraban de reojo unas a otras. El parqué brillaba fríamente, en la habitación se sentía frío a causa del silencio y de la ventana que no estaba adornada con ninguna cortina. Mientras Sasha colgaba su abrigo en la alta y estilizada percha, vio a través de la puerta semiabierta de la consulta cómo se abría otra puerta, cómo aparecía por ella un médico con su bata blanca, el pelo erizado y canoso, y pronunciaba con solemnidad: «¿Quién es la siguiente?». Sasha atravesó el corredor, un corredor un poco oscuro en donde, como en una vivienda habitada desde mucho tiempo atrás, había armarios y baúles, y en donde, de forma acogedora y burguesa, olía a ropa vieja y a cocina. Llamó a la puerta de Andréi. Ahí comenzaba la tercera zona de la casa: la primera era la sala de espera y la consulta de Mijaíl Serguéievich; la segunda, la cocina, el comedor y el dormitorio de Tatiana Vasílievna; y la tercera, el dormitorio de Andréi, en el que había varias estanterías con libros y en el que, además, reposaba un manuscrito: el borrador de la tesis que defendería en primavera, en donde se encontraba él mismo, de movimientos lentos y atractivo, con sus manos no del todo sensuales, con su mirada inaprensible, con su secreto, con su nuevo secreto amoroso.

Comenzaron a rebuscar entre los libros, buscando y eligiendo, deleitándose plenamente, al parecer, con su tarea: leerse mutuamente los títulos que en ambos despertaban toda una gama de pensamientos antaño bien meditados. Todos aquéllos eran libros jurídicos, alemanes y franceses, cuyos lomos y cantos acariciaban como si los estuvieran acicalando. Después, Sasha se sentó en un sillón y Andréi sobre la cama baja y angosta, y de nuevo se pusieron a conversar brevemente, a su manera, sobre el invierno y sobre el trabajo que ambos tenían en demasía, cuando de pronto, de forma imperceptible, apareció en su conversación aquella que tenía apenas diecinueve años, pero que era tan magnífica y tan buena camarada. Tal vez, algún día podrían ir juntos a visitarla.

Sasha, sin tener tiempo para decidir qué era lo mejor, si callar o hablar — qué era lo mejor para él, para Andréi y para ella—, de pronto le contó la historia del automóvil azul, las exclamaciones y la inquietud.

—Sí, yo le dije que salía a las once, sí, es cierto.

Andréi tenía la mirada resplandeciente.

—Y la segunda es la hermana, yo no la conozco. Pasó el verano en las montañas.

Guardaron silencio.

—Y el automóvil es de su padre, pero ahora no está en París, está en el extranjero.

Y después, tras reflexionar brevemente, dijo:

—Son gente de dinero. Pueden no darla.

—¿No dártela en matrimonio?

—Sí. Pero ella está dispuesta.

—¿De verdad?

—Sí. Así es.

Nada había cambiado. Las estanterías y los sillones eran los mismos de antes, y allí, en el recibidor, igual que antes, estaban sentadas varias señoritas y damas que habían venido a consultar a Mijaíl Serguéievich, a sonrojarse penosamente frente a él y a hablarle interrumpiéndose con voz entrecortada una y otra vez. Al otro lado de la pared estaba Tatiana Vasílievna, con su aire enormemente senil, la misma Tatiana Vasílievna que había perdido durante la guerra a dos hijos y que sólo conservaba al menor. Todo era como antes; Sasha estaba sentado en el sillón, en donde con tanta frecuencia, se había sentado en otras ocasiones, en ese mismo sillón que algún día soñó trasladar con él y con Andréi al paraíso, junto con los libros de derecho.

Eran las cinco de la tarde cuando Sasha salió para volver a casa. El día le parecía interminable y lleno de contrastes, y no dejaba de resultarle extraño que a uno de aquellos homogéneos y prosaicos días le hubiera tocado ser tan decisivo y extraordinario. Andréi vivía justo junto al Observatorio; podía atravesar de nuevo el jardín, andar sobre los senderos húmedos y crujientes. Comenzaba a refrescar, el cielo se oscurecía, se levantaba un ligero viento húmedo que desparramaba por el aire las aromáticas gotas de lluvia que se habían quedado la víspera sobre las anchas hojas. Los niños aún jugaban al fútbol en el desierto prado, y los jóvenes farmacéuticos iban todos juntos, conversando encantados sobre los senos femeninos. Sasha atravesó todo el jardín hasta salir por las puertas de atrás; se encontró con una señorita conocida, la bibliotecaria, y le hizo una reverencia. Se desencadenó la lluvia, la gente comenzó a darse prisa, las mujeres abrieron sus paraguas, la ciudad adquirió un aire triste y delicado, como un rostro cubierto de lágrimas. Cuando la lluvia arreció de manera violenta y estrepitosa, Sasha ya estaba en

casa. La habitación estaba arreglada, por la ventana se deslizaban ríos de lluvia, y tuvo que encender la luz debido a la penumbra gris que invadió todo de repente.

A esta hora la habitación le pertenecía a Iván. Se había levantado no hacía mucho y, sin embargo, ya había tenido tiempo de afeitarse, de vestirse, de leer el periódico y aún de calentarse un té en el infiernillo. Era la mañana de Iván, y él la amaba, en primavera por la luz del sol, y en invierno por el pálido crepúsculo, por el silencio y la calma. Volvía a ser él, después del trabajo y del sueño, y antes de la gran alegría cotidiana, ese eje alrededor del cual giraba su vida: el encuentro y la cena con Katia.

Ella llegó, como siempre, a las siete y pico, entró sin llamar, besó a Iván en los labios, a Sasha en la mejilla, se lavó las manos, se empolvó ligeramente la cara y se limpió las uñas con un palillo. Iván dijo:

—Ahora voy a comerme un estofado. ¿Quién del público quiere comer estofado conmigo? Ella respondió:

—Déjame recobrar el aliento.

Después le mostraron la carta que habían recibido de Norteamérica, y ella se alegró mucho por el dinero, pero por nada del mundo consintió que se le comprara un reloj de pulsera.

—Mejor un paraguas —dijo.

En ese momento intervino Sasha y dijo que se podían comprar ambas cosas. Se sintió muy halagada, se ruborizó y eso la hizo rejuvenecer. Permaneció silenciosa y pensativa frente a la fotografía, pero cuando leyó la carta se echó a llorar: las palabras de la señora Turn a propósito del amor que le había llegado tan tarde y de los recuerdos de una vida triste, le habían llegado al corazón. Sacó un pañuelo de su bolso y durante un largo rato estuvo frotándose los ojos y también sonándose, y cuando terminó, parecía sentirse avergonzada. Iván dijo:

—No veo por qué tienes que llorar por ella, cuando ella jamás te reconocerá porque eres costurera a destajo y nadie te ha mantenido jamás.

Pero ella no era de las que no saben qué contestar, y dijo:

—Pues sea como sea creo que es difícil para ella estar allá sola, rodeada de gente extraña; con el tal Harry debe hablar siempre en inglés, y seguramente también tendrá que hacerlo con el perro. Es una mala madre, hay que compadecerla. No se nos da más que una vida y tarde o temprano habrá que responder por ella.

Sasha oía en silencio y le gustaba lo que Katia decía. «Si fuera más bonita, más joven, más rica, más inteligente, más elegante, más silenciosa, se

la quitaría a Iván», pensó e inmediatamente se arrepintió de haberlo pensado. Se acordó de la chica que iba al volante del automóvil cuando él había apartado la mirada de los globos terráqueos y de los mapas y había descubierto su perfil y sus manos. Aquélla era más hermosa, más joven y más rica que Katia. Andréi siempre había estado delante de él, Sasha jamás había intentado competir con él. ¡Qué ganas tenía de experimentar un cambio, qué ganas de dar rienda suelta a la voluntad, para algo bueno o malo, daba igual!

Katia se levantó, se empolvó la cara de nuevo, se limpió con la borla los enrojecidos ojos, se sacudió el polvo que había caído en sus pestañas y se preparó para salir. Bajaron los tres. No había que ir lejos, en las calles se encendían las nocturnas luces otoñales. Los almacenes ya estaban cerrados, pero los restaurantes y los cafés estaban iluminados, y en las casas comenzaban a encenderse las lámparas y los candelabros —formando una alta línea vertical— de todos los comedores, de todas las cocinas. Aquí y allá se podía ver una servilleta colocada alrededor de un cuello, una lámpara de petróleo que colgaba muy cerca de la mesa, un cuadro en la pared, una escudilla, dos o tres cabecitas infantiles.

Katia e Iván iban cogidos de la mano, la cabeza de Katia llegaba al hombro de Iván. Hasta la fecha ella no había aprendido a andar con él al mismo paso, ella daba pasos pequeñitos con sus piernas no del todo rectas y cortas. Llevaba un gorro para la lluvia, transparente, con una cinta de terciopelo y un abrigo un poco corto de color rojo—liliáceo, con un cuello negro de piel. El abrigo ya estaba viejo, pero era imposible imaginarse a Katia sin él; durante el verano, a lo largo de unos dos o tres meses, dejaba de usarlo y se ponía un vestido; el resto del año, aún durante las fiestas, no se lo quitaba y con frecuencia, debajo del abrigo, llevaba una blusa negra de raso con mangas.

En ella no había ni ingenuidad ni candidez; si había existido la ingenuidad durante su infancia y su juventud en aquella ciudad rusa de provincia en la que había crecido y estudiado, ésta había desaparecido en el extranjero, adonde había llegado con su seductor, el capitán de infantería Smirnov, en los tiempos turbios de la evacuación, cuando había tenido que batirse por su vida, pequeña, insignificante, pero que le ocasionaba un dolor grande y muy evidente. Y la candidez la había perdido cuando se enamoró de Iván y entabló una relación con él, cuando conoció su ironía y su desfachatez, y aprendió la cordura y la independencia, ya que Iván era con ella exigente y quería que se pareciera a él.

Sus grandes ojos grises enormemente abiertos y su fresca piel denotaban una naturaleza tierna; en su manera de hablar había un ligero defecto, ceceaba un poco, y por eso frente a gente extraña prefería guardar silencio o pronunciar aquellas palabras en las que no había la letra s, que salía de sus labios de una manera poco clara y con una burbujita de saliva. Cuando estaba con Iván, o cuando ambos estaban con Sasha, en ocasiones se ponía muy parlanchina, tanto que había que pedirle que se callara un momento «en bien de su interlocutor», como solía expresarse Iván, que jamás intentaba decir agudezas, sino que hablaba así, con sencillez, decía lo primero que se le venía a la mente, pero a su mente no dejaban de acudir sencillas florituras, que eran, sobre todo, de lo que se componía su conversación. Estas sencillas florituras le ofrecían la posibilidad de soltar obscenidades con enorme frecuencia y sin una necesidad especial. En ocasiones, a Sasha le parecía que Katia encontraba cierto encanto precisamente en las obscenidades de Iván, incluso en alguna ocasión les habló de esto, pero ellos no lo comprendieron o fingieron no comprenderlo. Sasha en aquel momento, como también en otras ocasiones, sintió deseos de preguntar: «¿Por qué no podemos vivir los tres juntos?». De todas maneras nada cambiaría, sólo sería más cómodo. Pero presintió vagamente una respuesta que no tenía ganas de oír. Él sabía que Iván esperaba la primavera, cuando Sasha defendería su tesis y podría instalarse a vivir de forma independiente. Entonces Iván se casaría con Katia y viviría con ella. Sasha tendría que vivir aparte, porque no tendría sentido que viviera con su hermano, chófer de noche, y con su cuñada, costurera a destajo, él, un joven abogado ante quien se puede abrir un futuro brillante y quien ya ahora cuenta con relaciones sumamente importantes... Ésa era, en todo caso, la manera como hablaba Jamier, quien llamaba a Sasha «mi pequeño, mi querido Sasha».

Ahora, su vida parecía seguir un ritmo estable. Cada día se repetía lo mismo, salvo los lunes, que Iván estaba libre y se levantaba un poco más temprano para ir a los baños. Ese día Iván y Katia comían aparte: imposible recordar cómo había comenzado aquello; después de la comida Iván llevaba a Katia a algún lado, a donde se tocara música rusa, o al cine, donde actuara algún coro ruso, o a oír tocar la balalaika. A casa de Katia nunca llegaban después de la media noche. Se acostaban en la cama de Katia y no se daban un minuto de reposo hasta el amanecer. Cuando ya comenzaban los barrenderos a hacer ruido abajo, ellos conciliaban el sueño, tenían pesadillas, se incomodaban mutuamente en aquella angosta cama, con sus cabezas puestas encima de una única almohada caliente y aplastada. Se quedaban

pegados, se les entumecían los brazos, las piernas, y por la mañana Katia se marchaba a su trabajo descontenta, muerta de sueño, habiendo apenas arreglado su rostro hinchado, oscurecido por el cansancio.

Cada semana repetían su primera velada, su primera noche, cuando Iván, recién bañado, recién afeitado, con el cuello y las manos perfumadas con agua de colonia, había ido a buscar a Katia y la había invitado a comer en la terraza de un pequeño restorán ruso. Aquella noche Katia le había hablado mucho y durante mucho tiempo de su vida: desde hacía dos años estaba completamente sola. Le había contado a Iván las cosas que le gustaban, y a él le gustaba lo mismo: la vista desde el Jardín Kupécheski en Kiev, la música de Chaikovski, el interior de la catedral de Kazán en Petersburgo, la sopa de cangrejo con empanadillas rellenas de pescado y también tumbarse sobre la hierba boca arriba, siguiendo con los ojos el vuelo de las libélulas. Al salir del restorán, él la había tomado del brazo y había sentido de inmediato su seno suave, un poco caído. Katia se había sentido tan confundida que no supo qué hacer, le pareció que el brazo de Iván se había colocado allí de manera casual, sin premeditación. Hasta ese momento ella había conocido a hombres que decían para sí mismos que sin vodka no servían para nada, y que, cuando bebían, intentaban llegar con mano temblorosa hasta su vestido y le pedían que tuviera compasión de ellos. El brazo de Iván le impedía pensar y hablar, pero cuando llegaron al cine, y en la pantalla brillaron los deslumbrantes letreros, los dientes y los blancos de los ojos de los héroes, ella sintió la pierna de Iván que se acercaba repentinamente hasta la de ella; la sintió toda, de la rodilla a la punta del pie, la pantorrilla era fuerte, como la madera. Por un instante Katia se cubrió de sudor frío. «Ahora se disculpará», oyó una voz en su interior, pero él guardaba silencio. «¿Quizá sería mejor que yo me retirara?», sintió un nuevo pinchazo. Pero era tarde: retirarse o disculparse resultaba ya ridículo. «¡Ah, lo hace a propósito! —pensó con horror—. ¡Quién sabe por quién me toma!». Y se arrimó de pronto hasta él. «Qué aburrimiento —dijo él—. Que otros terminen de ver esta historia, nosotros nos vamos». Salieron a la calle y, besándose y abrazándose, fueron a casa de Katia...

Iván estaba sentado al lado de Katia, y Sasha frente a ellos. Katia, con un movimiento que se repetía días tras día, se quitaba los guantes de tela, y Sasha recordó aquel grueso guante marrón en una mano femenina, que había asomado por la ventanilla del coche. Se sirvió un poco de vino blanco de la garrafa baja y ancha y, entornando los ojos, bebió por algo que de pronto le había parecido posible. Katia miraba la fotografía, e Iván bostezaba, y por

primera vez Sasha sintió que podía mantener algo en secreto de todos, de ellos también.

Pero... ¿en qué podía consistir aquel secreto? Su vida continuaba siendo vacía y transparente, sólo su imaginación estaba turbia. Sucedió que cuando conocía a alguna mujer, no podía dejar de insinuárselo a Katia.

A Iván también, por supuesto: todo lo que se le decía a Katia debía decirse a Iván. Ella lo asaltaba con múltiples preguntas, Iván instantáneamente desviaba la conversación hacia las enfermedades venéreas. Sasha se enfadaba, le juraba y se juraba que nunca más les contaría nada más. En una ocasión ellos lo encontraron del brazo de Zhanna y le hicieron una solemne reverencia. Ese amor había durado bastante tiempo, Zhanna trabajaba como mecanógrafa en un banco, se habían conocido en una librería. Su tío era notario y ellos la primera vez que hablaron lo hicieron como si se encontraran de visita en casa de alguna anciana tía y comieran galletitas. Después fueron a dar una vuelta al Jardín de Luxemburgo, y de allí a tomar un café. El domingo fueron a Suresnes, allí se les hizo tarde para tomar el último tranvía y se quedaron a pasar la noche. El demonio del infantilismo se había apoderado de ellos: bebieron, cantaron, se abrazaron y se arrimaron mucho el uno contra el otro, hasta que se les ocurrió meterse en la cama.

Éste había sido su último amor y el más largo; incluso Andréi había conocido a Zhanna. Sasha le había regalado un pulverizador de cristal tallado para el agua de colonia, con una perilla de goma cubierta por una redecilla; no pasaba un día sin que se vieran. Y de pronto.

Sasha comenzó a sentir en ella una ligera irritación, un frío que provenía de sus ojos y de sus labios. Sintió la pesantez inerte de sus abrazos y la languidez de sus labios, y luego Zhanna, sin explicar nada, no volvió. No respondió a su carta, y Andréi, a quien no se podía ocultar aquella ruptura, no preguntó nada.

No existía el pasado. Y el amor por Zhanna y todo lo que había habido antes que ella se olvidaron, como si todo aquello no hubiera sido sino algo de poca importancia, pero conmovedor, casi adolescente. Cada vez con mayor frecuencia, Sasha sospechaba que su vida, en esencia, estaba apenas comenzando, en tanto que para muchos otros, a su edad, existe no sólo un futuro y un presente, sino también un pasado. Y aun así no podía vencer en él la sonrisa compasiva y condescendiente que suscitaba todo lo que le había sucedido hasta entonces. Él olvidaba algunas cosas y no olvidaba otras, es

decir, hacía precisamente aquello que hace la gente muy joven con su infancia. En su memoria convivían, de una manera hartamente apacible, su primera medalla, su primera conversación con Jamier, los besos de Zhanna, sus ingenuas pero sinceras lecciones de pasión, y también el recuerdo de cómo en Petersburgo, en otro tiempo, en la habitación principal, habían encendido las velas del árbol de Navidad y le habían regalado los títeres que tanto quería; cómo su padre con charreteras, muy perfumado, gordo y cariñoso, lo había llevado a él, un niño de nueve años, hasta donde se encontraban los invitados, y había dicho: «Éste es el más pequeño de mis hijos», y lo había dicho riéndose. Y cómo entonces un hombre de baja estatura y tipo tártaro con relucientes charreteras, lo había tomado en brazos. Él había visto de muy cerca los negros arcos de las pobladas cejas, el pelo erizado y canoso de la cabeza y había hecho enormes esfuerzos para no asustarse. Lo habían bajado al suelo, y él había rozado con la cara los botones en el robusto pecho del ministro. Después se lo habían llevado a dormir, y él, al despedirse, había chocado un talón contra el otro, y las damas, entre las que se encontraban aquellas que posteriormente morirían de manera heroica, fusiladas junto con sus maridos o por separado, lo habían mirado, lo habían despedido con la mano y habían admirado sus bucles. Iván, que entonces tenía quince años, también estaba allí, con su uniforme de cadete, regordete, moreno, con incipientes bigotes que habían causado el horror de mamá. Ella hablaba con una voz cantarina, demasiado cantarina, tanto que parecía no pertenecerle —sobre todo había parecido artificial después de que Sasha oyera aquella voz privada de toda melodía, en una ocasión por la noche, en el dormitorio de sus padres. «No te atreverás —decía la madre al padre—, me humillas... Toda esa gentuza maleducada...». Pero el padre siempre hacía las cosas a su manera, y no valía la pena que ella se angustiara. En ocasiones, su boca tenía una expresión ofendida, a tal *punto* indefensa que parecía tener la cara ligeramente embadurnada, y unos ojos duros, que deseaban conservar, a cualquier precio, la dignidad humana. Ella deambulaba por aquel inmenso apartamento, que tenía una cantidad innumerable de habitaciones y que conducía directamente a un segundo apartamento idéntico, en donde se alojaba la editorial de literatura militar del padre; deambulaba intentando no llorar, es decir, llorando a mares pero en silencio, y mordiéndose las manos, y se sentaba de pronto en alguna silla totalmente fuera de lugar, una silla colocada en el camino, sólo para llenar un espacio vacío según los cánones de la ley de la simetría y de la belleza, incomprensible pero firmemente instaurada.

A la editorial militar se accedía por el mismo vestíbulo que a la casa, pero Sasha nunca llegó a estar en aquel local. Con frecuencia sacaban de allí paquetes de libros idénticos con pastas amarillas o azul claro, delgadas y ya ligeramente estropeadas, impresas con una tipografía aburrida y demasiado negra. Eran los libros que Iván utilizaba como manuales en la Academia Militar. En la editorial trabajaban, en medio del polvo y del tedio, delgadísimos oficinistas, según se les llamaba en casa. El padre iba directamente del gabinete de su casa al gabinete de su oficina. Salía de allí con el cuello desabotonado, las uñas ligeramente negras y un cansancio pesado dibujado en el rostro. Comía mucho, se santiguaba antes y después de la comida y con su mano carnosa bendecía a los niños, cuando éstos se acercaban hasta él. Ellos no conocían otra caricia. La última vez que se acercaron a él fue el día de la abdicación de Nicolás II: el padre estaba en la cama como un fardo enronquecido. Puso las manos sobre las cabezas de sus hijos y susurró una plegaria interminable: comenzaba su agonía. Había pescado una pulmonía durante la fría, la helada primavera pasada, el fatídico día 27 de febrero, cuando volvía a su casa en la Stremiánnaia a pie, del otro lado de Petersburgo: no había cocheros y algunos puentes habían sido levantados. Había estado jugando al *vint* (toda la vida había jugado al vint los lunes), su capote no lo protegía suficientemente: su capote azul de general lo había traicionado.

Había dos féretros en uno: de zinc por fuera y de roble por dentro. Tocaban la marcha de Chopin unas trompetas un poco abolladas de aquel mismo regimiento con el cual el difunto, tiempo atrás, había llevado a cabo la campaña de Japón. Los sacerdotes con las cruces, ataviados con sus vestiduras eclesiásticas, caminaban muy por delante. La viuda abría el cortejo; llevaba zapatos de tacón alto y una banda negra cruzada sobre el pecho. Los dos hijos marchaban a su lado, tenían los ojos hinchados, y la conciencia de que la gente los veía, de que en las ventanas de las casas aparecían rostros curiosos, de que incluso los tenderos se asomaban a ver, y en los periódicos escribirían sobre ellos, les producía un cosquilleo agradable.

El aire primaveral tintineaba con las modulaciones de las trompetas de cobre, se llenaba de la impetuosa queja de la corneta, los chanclos de los viejos amigos chirriaban. El ministro ya estaba en la cárcel, pero aún quedaban otros, casi tan importantes, con unas cejas casi tan espesas como las de aquél; algunos andaban con dificultad, otros no lograban estirar el brazo, los terceros miraban lascivamente los tobillos apenas descubiertos de la viuda.

Un camarero se acercó con la cuenta. Iván debía marcharse. Mientras Katia reunía las monedas que se habían derramado en su bolso, él se puso la gorra y, tras despedirse, salió; su garage no estaba lejos. Sasha y Katia salieron uno al lado del otro; caminaban despacio y en silencio, Katia de nuevo se sentía ligera y bien: a fin de cuentas aquella señora Turn, a la que en su vida había visto, no vivía mal en Norteamérica. Estaría bien tener un perro, o, en último caso, un pajarito en una jaula. Estaba harta de ver siempre a su alrededor objetos inanimados, creados por el hombre. Un pájaro habría venido de Dios. Sasha recordó su conversación del día anterior con Katia a propósito de la pureza de conciencia. Quizá hoy su conciencia ya no estuviera tan limpia. Él mismo no lo tenía claro: ¿qué era lo que quería? Si de pronto decidiera responder de manera honrada a aquella pregunta, él, tal vez, diría que no sabía ni para qué, ni por qué, pero que tenía ganas simplemente de ir en coche a gran velocidad por los oscuros y húmedos campos. Una casa de campo, una chimenea, la abolición del tiempo y del espacio, unas manos tibias entre sus manos... En cuanto a la conciencia: ¿qué importancia puede tener!

Como todas las noches, llegaron hasta la casa en la que vivía Sasha. El callejón estaba oscuro. Katia le tendió su mano fuerte y pequeña y se estiró hasta rozar su cara. Él dejó que lo besara en la mejilla.

II

Hubo una detonación. El corcho se disparó contra el techo, desprendió un pedazo de estucado y, como una pelota, saltó sobre la gruesa alfombra; la espuma resbaló por el papel pintado y por el dibujo dorado se extendió una mancha oscura; con un penoso chisporroteo resbalaba por el cuello de la botella, cayendo en copos sobre el suelo y permaneciendo como copos sobre el mantel. La sirvienta se limitaba a hacer un ligero movimiento con las cejas, pasando de largo con la bandeja en la que había dispuestas cuatro copas anchas que se sostenían sobre una delgada patita, y una fuente con galletas.

La espuma fría bañó los dedos de Sasha. Él intentó no dejarla caer y coger una parte con la palma de su mano, pero no sabía qué hacer: sacó su pañuelo, se sintió confundido, se precipitó detrás de la sirvienta buscando las copas para verter en ellas cuanto antes lo que todavía quedaba en la botella. Él sabía que se debía servir muy poco, su mano temblaba. El techo y el papel pintado se habían estropeado.

Todavía ayer Sasha ignoraba que hoy asistiría a los esponsales de Andréi. Pero, temprano por la mañana (Iván acababa de llegar), cuando todavía no se había vestido, lo llamaron para que se acercara al teléfono. Andréi le propuso que fueran ese mismo día, hacia las cinco, a casa de los Shilovski.

—¿Quiénes son? —preguntó Sasha.

Ante eso, Andréi guardó silencio unos instantes al otro lado del teléfono, así que Sasha estuvo a punto de creer que se había cortado la comunicación, y sólo después dijo:

—Ése es su apellido.

Sasha comprendió de inmediato, sintió un pinchazo de alegría.

—¿Ya has estado en su casa? —preguntó.

—Sí, estuve allí anteayer y ayer.

—¿Estamos invitados?

—Sí.

—No vive sola, ¿verdad?

—Oh, no.

Se hizo un nuevo silencio.

—Mira —dijo por fin Andréi—. El asunto está resuelto, pero por lo pronto yo guardo total silencio al respecto, guárdalo tú también. Su padre no está en París, casi nunca está. Es huérfana de madre. Hay dos hermanas tuyas y muchos sirvientes en su casa, eso es todo. Pasaré a buscarte.

Ese día, Sasha trabajó al lado de la ventana (con el acompasado ronquido de Iván como fondo). Siempre ponía la mesa junto a la ventana para poder ver, desde donde estaba sentado, las chimeneas de los techos vecinos, la ventana de la buhardilla en la que vivía un viejo fotógrafo que se anudaba la corbata como un verdadero artista, el cielo azul e incluso la cima del castaño a la entrada del Jardín de Luxemburgo. Se sentaba de espaldas a la cama, de frente al castaño, y, con el lápiz en la mano, primero observaba largamente las ramificaciones azules de las venas de sus manos, sus pálidas y fuertes uñas, luego elevaba la vista, miraba por la ventana, y únicamente después tomaba su libro, se encorvaba y comenzaba a leer. Aquel día no dejaba de levantar la cabeza, de mirar el cielo, de mirar el reloj que llevaba en la muñeca: las agujas se movían, los engranajes estaban funcionando. Intentaba concentrarse en la página abierta. Ahora ya no dudaba de que aquélla que entonces había estado sentada a su lado era su hermana mayor; Andréi había elegido a la pequeña, pero ellos siempre elegían lo mismo, toda la vida. Significa que, lo quisiera o no, acabaría por elegir la misma.

Andréi y él fueron a pie y caminaron alrededor de diez minutos. Era una calle elegante, completamente nueva todavía, abierta en el lugar que ocuparan viejas e inclinadas casas. La casa también era elegante, tenía una entrada muy amplia, unos laureles que enmarcaban un enorme espejo y un ascensor que olía a madera fresca. Andréi estaba pálido, sus ojos eran esquivos e intentaban ocultarse.

—Mira cómo suceden las cosas —dijo él al salir del ascensor y calculando que Sasha no tendría tiempo de responder—. Uno que acompaña a otro, y si se mira desde fuera, puede resultar conmovedor y ridículo.

En ese momento tocó el timbre.

—Pero en el estado en el que me encuentro ahora, es algo de lo que me acordaré toda la vida: así estabas tú, así, yo.

Una sirvienta abrió la puerta. En el vestíbulo había luz; las enormes puertas de cristal, abiertas de par en par, daban, la una al comedor, la otra a la sala; a la izquierda había un amplio corredor cuyo suelo era color ámbar.

Andréi y Sasha se quitaron los abrigos, y al tiempo que la sirvienta los conducía a la sala, entró corriendo por el corredor una niña de unos nueve años con la cara encendida, se detuvo sólo un instante, e inmediatamente se lanzó de regreso.

—Es Milia, la hermana menor de Zhenia —dijo Andréi.

A derecha e izquierda, las puertas que daban al comedor y al gabinete, que ya estaban oscuros por la hora del día, estaban completamente abiertas y parecían inmensas; hasta ellos se colaban algunas luces que se arrastraban desde la calle: las persianas aún no habían sido bajadas. Estas puertas altas y ampliamente abiertas le daban al apartamento una cierta transparencia, como si se pudiera penetrar hasta sus mismas entrañas sin impedimentos, ver los amplios dormitorios, la habitación infantil, el cuarto de baño con olor a ozono, la reluciente cocina. A Sasha le pareció que también la sala, intensamente iluminada, era enorme, con sus dos grandes y cuadradas ventanas que daban a la calle. El color amarillento con ribetes dorados del papel pintado, las cortinas y la tapicería de los muebles, le confería a esta habitación un aire frío y banal; la esquina de la habitación estaba ocupada por un piano de cola al que cubría un terciopelo amarillo, y unos sillones bajos de satén amarillento estaban acomodados en círculo al lado de dos o tres mesitas bajas con enseres para los fumadores. En uno de aquellos sillones estaba olvidada, en su armazón de madera, una raqueta de tenis nueva.

En el momento en que del gabinete, sumido en la penumbra, entraron en la sala dos jovencitas, Sasha sintió un deseo ávido, instintivo, de que nada de aquello existiera, de no haber entrado jamás en aquella casa, de no haber tocado jamás aquel timbre, de estar sentado en su oscura habitación con la ventana cerrada, y de no tener nada ni a nadie a su alrededor. Pero a su encuentro ya venían dos jovencitas, y se vio obligado, siguiendo a Andréi, a rozar sus manos frías.

Zhenia no era bonita como le había parecido a Sasha en la calle: tal vez, si hubiera sido pobre, habría pasado incluso por ser fea. Su esmerado arreglo le daba una apariencia de belleza, la frescura y la juventud le prestaban por ahora un encanto vivo a su rostro, que tenía una boca grande, incluso demasiado grande, unos ojitos angostos bajo unas largas pestañas, y una nariz infantil que parecía no haberse formado del todo aún. Era bastante alta y delgada, pero con un pecho prominente, y tanto sus movimientos como su manera de caminar traducían la elegancia y la buena educación de una señorita de sociedad. En ella resultaba muy agradable, que desde el primer vistazo, ya no quedaba duda de aquello; llevaba un vestido caro, un vestido

espléndidamente bien cosido, del mejor gusto, y el timbre de su voz, muy clara sin llegar a ser aguda, reafirmaba esta impresión de belleza. A Sasha le gustó inmediatamente, y su presencia le hizo sentirse cómodo y bien.

Ella había decidido organizar hoy, en esta sala amarilla, en este amplio apartamento, sus esponsales, había decidido brindar por su felicidad con Andréi, con las dos personas que ahora, y tal vez siempre, serían, para ella y para Andréi, las más cercanas y las más queridas. Se le había ocurrido celebrar una pequeña fiesta; había ordenado a la nana no salir ni permitir que Milia saliera; su padre no estaba, estaba en Hamburgo, por cuestión de ciertos negocios relacionados directamente con las nuevas turbinas de vapor que se colocaban en los barcos transatlánticos. Se le había dado orden a la sirvienta para que trajera las copas y dos botellas de Røederer. A Zhenia todo aquello le parecía de ensueño: nadie actuaba así, ella era quien lo había inventado, mientras su padre no sospechaba siquiera que su hija había decidido casarse.

Ella lo había decidido cuando todavía estaba en el mar, en donde había estado viviendo con Milia y con la nana, y en donde había pasado largas mañanas soleadas tendida a la orilla del agua junto a Andréi; nadaban juntos y después del desayuno se iban juntos al bosque, por las tardes jugaban juntos al tenis, y después de la cena, cuando se esparcían sobre el negro mar las altas y límpidas estrellas, caminaban por la orilla, donde a aquella hora ya no había nadie, donde un viento ligero cubría de arena las patas de las bancas vacías, donde se dibujaba la interminable cola del mar sobre la arena y las algas se cubrían de espuma. Se iban muy, muy lejos, allá donde las casas, los jardines y las dachas dejaban de existir, donde comenzaba la vasta y desierta playa, hasta la que llegaba un ligero olor a pantano, el croar de las ranas y se veía claramente, como si fuera un reloj, el enorme faro verde y rojo, que hacía apagarse a las estrellas cuando por el cielo se deslizaba su inquieto rayo.

Se sentaban allí sobre una roca lisa y se hablaban de su amor, de sí mismos con orgullo, con condescendencia de los demás. Andréi tomaba su bronceado brazo y la acariciaba desde la punta de los dedos hasta el hombro, la acariciaba con sus labios desde la palma de la mano hasta la axila. Olvidaban la jerarquía de las caricias y para ellos, para ambos, era una locura semejante un largo beso en los labios que un abrazo o unas manos entrelazadas. Se quedaban largo rato sentados, medio adormilados, dirigiéndose de vez en cuando dulces palabras que interrumpían su somnolencia y resultaban más embriagadoras que un abrazo o un beso. A veces se recostaban sobre la arena, en plena oscuridad; ella permanecía largo tiempo inmóvil, mientras él la acariciaba; después la mano de ella, como si

fuera un fuerte, inexperto y audaz animal, se acercaba al pecho de él, le desabotonaba la camisa a la altura del cuello y se hundía hasta el hombro.

Ella volvía a la blanca pensión, sembrada de rosas y de glicinias, mientras abajo, en la gran terraza, gente mayor de traje y cuellos postizos todavía jugaba al *bridge*; subía hasta el primer piso, en donde se encontraba su habitación. Al lado roncaba la nana. Con las mejillas dulcemente sonrosadas y las rodillas muy limpias, dormía Milia, que había costado la vida a su madre.

Ella se acostaba en su cama, con los dedos fríos apretaba la almohada y pensaba en cómo se desenvolvería su vida: si llegarían a engañarse alguna vez, si llegarían a tener un hijo. Confiaba en que su vida sería una vida feliz, que definitivamente tendría un hijo, pero sólo después de la boda, ahora no, ahora era imposible, en eso hay siempre algo de incomodidad e indecencia. Le parecía que Andréi jamás se enamoraría de otra mujer, ni ella de otro hombre, que ella no tenía necesidad de nadie más en el mundo, que amaba todo en él: sus ojos de tan extraño color, y sus cabellos, e incluso el diente de oro que quedaba al descubierto cuando Andréi reía. Le gustaban sus manos y el olor que despedían, le agradaba el aroma de su cabello.

Se quedaba dormida tarde y durante un largo rato antes de conciliar el sueño pensaba en Lena, su hermana, cinco años mayor y que no se parecía en nada a ella; pensaba en Lena, que se había ido a la montaña, que le escribía únicamente a Milia y a ella no; en Lena, que tenía su propia vida y ante quien no podía confesar que ella, Zhenia, era amante de Andréi, a pesar de la antigua cercanía que había tenido con su hermana y de la gran ternura que sentía por ella, porque Lena era especial: se echaría a reír ante aquella confesión y de sí misma no diría nada.

El champán estaba servido, y Sasha, que todavía no sabía cómo debía comportarse, puso la botella sobre la mesa.

—¡Qué ha hecho! —gritó Zhenia—. Le ha faltado poco para matarnos y ha estado a punto de traspasar el techo.

Tomó una servilleta de la mesa y se limpió la cara salpicada de gotas de champán, mientras Andréi juntaba los trocitos del estucado que había caído.

—Acérquese a ver lo que están haciendo —dijo la sirvienta al salir de la sala—, echarán a perder los muebles y ensuciarán las paredes. Yo no respondo de nada.

La nana salió con precaución de la habitación infantil y se acercó a las puertas de la sala.

—Nana, Milia, salid. ¡Venid! ¡Bebed a mi salud! ¡Me caso!

Zhenia sirvió en su copa ya vacía un poco de champán y atravesó la habitación para ofrecérsela.

—Que Dios te ampare, qué tonterías estás diciendo.

—No, es la verdad.

—¿Con quién te casas, Zhénichka?

—Con él.

—¿Y qué dirá a eso tu papá?

Zhenia volvió a su lugar, se dejó caer en un sillón y cerró los ojos. En ese instante Sasha sintió en su mano la mano de Lena.

—Ponga allá mi copa —dijo ella y, junto al calor de su mano, Sasha sintió en la palma el frío liso del vidrio.

En aquel calor había algo de animal; y en la forma de la mano había algo no del todo usual, alguna ambigüedad que se percibía de inmediato. Los dedos eran largos y elegantes, iguales, con uñas pulidas, no demasiado largas ni afiladas, dedos femeninos con los que armonizaba el antiguo anillo oscuro que llevaban. La palma evocaba la pata de algún felino aterciopelado, noble; era fuerte, cálida, con los nudillos muy marcados, delicados; era suave y pesada a la vez, como puede ser suave y pesada la pata de un animal y no una mano. Sasha colocó la copa vacía sobre la mesa y de nuevo volvió hacia aquella mano, y se sintió sorprendido por la segura negligencia de ella.

—Un guante marrón, grueso —dijo él—. ¿Tiene usted un guante así?

Ella le descubrió de pronto sus ojos, de un gris—azuloso, pequeños, como los de Zhenia, y entonces Sasha cayó en la cuenta de que ella estaba sentada a su lado, muy cerca, tanto que, en esencia, parecían estar los dos solos en aquella habitación.

—Yo lo reconocí en cuanto entré —dijo Lena—. Era usted quien estaba junto a la vitrina del almacén, el otro día. Cuando uno mira mapas siente ganas de ir a algún lado, ¿no es cierto? Más aún si se trata de las vitrinas de las compañías navieras con las maquetas de los Majestic y con carteles en color.

Él respondió rápidamente:

—Son juguetes para los adultos.

—Sí. En una ocasión papá nos trajo uno como regalo de Hamburgo, era una broma, en papel cuché una isla roja rodeada de agua verde y con la inscripción: «Juegue al golf en la isla de Robinson». —¿Acaso no merece la pena ir?

—No merece la pena llegar hasta allá, merece la pena ir. Una mecedora de lienzo en cubierta, el viento que golpea contra tu cara los extremos de una bufanda, propia o ajena... Pero una vez vista la isla de Robinson con navajas de afeitar *Gillette*, con mostaza y con tirantes para los pantalones, hay que volver rápidamente.

Ella no sonrió ni una sola vez. Sus cabellos castaño claro eran cortos, llevaba la raya a un lado, se los acomodaba detrás de las orejas, lo que daba a su rostro una expresión al mismo tiempo severa y juvenil. Tenía unas cejas sorprendentes, delgadas como cintas, y unas pestañas pobladas que daban a sus ojos un matiz liliáceo. Eso fue todo lo que percibió Sasha. Le pareció extraño haber observado su físico sólo después de haber hablado con ella, de haber escuchado su voz, de haber sentido su mano sobre la suya.

Ella se apartó un poco y se convirtió en una extraña; encendió un cigarrillo y de pronto pareció haber desaparecido para Sasha. Así fue; era como si ella dejara de existir a partir del momento en que dejaba de pensar en él. De nuevo tuvo la posibilidad de ver a Zhenia, a Andréi, que ahora le gustaba especialmente ya que, a causa del vino que había bebido, su rostro se había animado y a través de los labios semiabiertos se asomaba una fina hilera de dientes blancos.

¡Qué fácil era enamorarse y amar a aquella Zhenia! ¡Qué fácil enamorarse de alguien con diecinueve años!, alguien que todavía no está hecho, que no se ve a sí mismo. Basta con seguir el camino recto que conduce al corazón de ese ser, sin aquellos obstáculos tan difíciles de salvar: el miedo a ser comparado con alguien de quien ya se está harto y a quien se ha condenado a la nada, el miedo a ser traicionado sobre la marcha. Qué fácil es cuando tu palabra y tus gestos se reciben con la sencillez de lo que se ve y se oye por primera vez. No hay celos, no hay oscuras y humillantes sospechas; en este camino, en este aire enrarecido y transparente, con cuánta seguridad y con cuánta felicidad es posible amar... ¿Pero si tiene veinticuatro años en vez de diecinueve?

Sasha intentó, durante algunos segundos, mantenerse en un estado de lucidez. Lena tenía veinticuatro años. ¡Jamás conseguiría llegar hasta ella! Sólo Dios sabe cómo es: independiente, distraída, fascinante, lejana; puedes rendirte de cansancio antes de adivinarlo todo, antes de conseguir que te escuche, que te mire a los ojos. Guarda silencio y permanece inmóvil, pero parece sentirse la dueña de esta casa, de esta ciudad, de este mundo, a pesar de que los invitados no hayan ido a verla a ella, sino a Zhenia.

En un rincón comenzó a dejarse oír el gramófono; Lena fumaba, sentada en un sillón. Tal vez fuera a causa del vino, o tal vez a causa de la turbación que sentía, pero Sasha tuvo de nuevo la impresión de que ella se acercaba a él porque estaba pensando en él. Sintió muy vivamente este acercamiento; era incapaz de pensar en otra cosa que no fuera ella. Le pareció que lo atraía mentalmente hacia sí, sin darle la oportunidad de defenderse, y que él caería, irremediabilmente, en su cautiverio, en donde no habría lugar ni para Andréi, ni para Zhenia, ni para el resto de lo que constituía su vida. Y en medio de este callejón sin salida, en medio de éste no oponer resistencia, emergía la felicidad.

—No hay que ir en busca de una nueva tierra, ni de islas deshabitadas —comenzó ella de nuevo sin mirarlo—. El viaje en sí es mejor que cualquiera de los objetivos del viaje, en mi opinión. Un enorme barco transatlántico: ésa es una nueva tierra y, si quiere, una isla deshabitada. Allí, como un sueño dentro del sueño, puede comenzar y terminar la vida dentro de la vida.

—¿Usted partiría ahora mismo? —preguntó Sasha intentando encontrarse con sus ojos, sabiendo de antemano que ella respondería «sí», y atormentándose con esa respuesta.

—¿Ahora mismo? No, por nada en el mundo. Hay que saber elegir el momento, para no lamentarse después por lo que se abandona. Ahora mismo quizá tan sólo daría una vuelta en un barco de vela por el lago.

Ella sonrió por primera vez tras haber girado ligeramente hacia él su dulce rostro un poco pálido, y entonces él vio su boca grande y roja y una hilera de dientes, resplandecientes y fuertes en las encías vivamente carmesíes. Uno de los incisivos superiores era un poco más corto que el otro.

Ahora él ya conocía su sonrisa, su voz, su mano, su rostro. Cerró los ojos y no pudo imaginarla: de nuevo se escondía en algún sitio. Ella se levantó, se acercó al gramófono y, deteniéndose al lado de Zhenia, se puso a conversar con Andréi.

Detrás de la ventana, en la ciudad, ya había caído la noche a pesar de que no eran sino las siete. En el comedor la sirvienta ponía en silencio la mesa, pero a través de las ventanas de vidrio y de las delgadas cortinas de seda, se la podía ver dando vueltas alrededor de la mesa. Sasha se levantó, Andréi se despidió. A Sasha le pareció que no había pasado ni siquiera un minuto cuando ya se encontraban en la escalera: todo había sucedido tan precipitadamente. Estaba poseído por un solo pensamiento: ver a Lena entera, finalmente, en toda su estatura y junto a él. Y aquello sucedió en el instante en

que él se despedía de Zhenia. Vio que era alta, casi de su misma estatura, ancha de hombros y recta.

«Seguramente la raqueta es suya —pensó—. Podría tener las muñecas más delgadas. Jamás podré levantarla». Y de pronto la puerta se cerró e inmediatamente se volatizaron aquellos pensamientos demenciales; Sasha, liberado, corrió escalera abajo, detrás de Andréi, apoyándose en la barandilla. Pero cuando ya estaba abajo comprendió que la liberación era imaginaria, que aquello no era más que una tregua. En el patio reinaba la oscuridad.

El hecho de que Andréi fuera a su lado aumentaba su turbación, ya que Andréi le recordaba a Zhenia, en la que apenas había reparado. No, por supuesto que la había observado en detalle y podría reconocerla en la calle, no como a aquélla, la otra; a aquélla pensaba, podría reconocerla únicamente si ella misma lo quería. De todas formas, le parecía que se había comportado de una manera vergonzosa no prestando atención a Zhenia, que debería haber hecho un intento de acercarse a ella, y que tanto ella como Andréi era lo que estaban esperando; pero él, en vez de eso, había bebido con el estómago vacío tres copas de champán que le habían dejado en la boca un sabor empalagosamente metálico.

Intentó imaginarse a Zhenia, su físico, su voz; imaginársela al lado de Andréi, en sus brazos. Ella le gustaba, y tal vez podría llegar a amarla como amaba a Katia, por muchos años, para toda la vida, pasar algunas tardes con ella, verla todos los meses, todos los años, observar cómo Andréi y ella se volvían uno solo; Katia y Zhenia, con todo el absurdo de esta comparación, se aproximaban en su imaginación por medio de este sentimiento. Zhenia, al parecer, era maliciosa; Katia era fiel, pero es que Andréi no se parecía en nada a Iván; Andréi amaba de una manera diferente, y a él, por supuesto, debían amarlo de manera distinta, y la vida que se abría frente a él era diferente.

«¿Acaso habrá dos bodas este año?», se le ocurrió de pronto, sin que aquello tuviera ninguna relación con nada.

Estaban comiendo, como siempre, en su lugar de costumbre. Olía a pescado frito y a alguna sustancia agria, a pesar de que el restorán fuera limpio, sirviera un hombre que llevaba un delantal blanco hasta el suelo, y que los manteles de papel que cubrían las mesas estuvieran impecables. Katia comía rosbif y compartía sus patatas con Iván, que le había dado su ensalada.

—¿Dónde has estado? —preguntó Iván.

—En casa de unos conocidos de Andréi.

—Mañana tienes una prueba con el sastre —dijo Katia—. Fíjate bien que arriba, a la altura de la espalda, no se frunza.

Después de comer dieron una vuelta por el malecón. Solos, Sasha y Katia, cada uno con sus pensamientos. La tarde era seca y hacía viento.

—¿Hoy también quieres ir a casa? —comenzó Katia—. Te has vuelto demasiado tranquilo. Tendrías que pasar por algún sufrimiento, de verdad. ¿No te aburres?

—¿Por falta de sufrimientos?

—Durante estos últimos días he estado pensando que te convendría enrollarte en alguna historia. Eres demasiado ingenuo... No me mientas diciéndome que eso es sólo por fuera y que por dentro llevas la tempestad y la pasión. Me doy perfecta cuenta de que también por dentro eres un ángel. Por lo demás... ¡dedícate a estudiar!

—Pedagoga. Dices muchas tonterías.

—Lo que te haría falta es subir por una escalera de cuerda hasta un sexto piso y que desde allí te empujaran al vacío. ¿Entiendes?

—Eso ya no sucede. No hay quien empuje al vacío ni tampoco quien escale peldaños de cuerda. Es ella quien desciende por la escalera principal y te conduce hasta la habitación más próxima.

—Eres un cínico. ¿Acaso se trata de eso? Que te conduzca si quiere, eso no alivia en nada la situación; es sólo la apariencia. En realidad, si fuera así, las cosas serían tal vez incluso más difíciles.

Él sonrió distraído.

—No pienses, la vida no es una cosa sencilla. Si piensas así, la vida se vengará de ti y no lograrás recobrarte. Y para darte una lección, te pondrá en tales situaciones que te olvidarás incluso de cómo se llaman tu padre y tu madre. La vida es una cosa complicada.

—Basta, Katia. Mejor cállate.

—Yo me callo, pero tú, créeme, créeme por favor.

Dieron media vuelta.

«No, jamás podré levantarla —pensó de nuevo Sasha—. Es demasiado pesada y con un traje escotado, de baile, seguramente parecerá una dama, mucho mayor de lo que es en realidad, y, por lo tanto, mayor que yo». Él volvió a casa e inmediatamente después se puso a estudiar. El libro de Bartin estaba abierto, leyó un par de veces el pasaje en el cual se había detenido, y la vida le pareció que quedaba relegada a mil *verstas*^[1] de distancia.

El viernes anterior había estado hablando con Jamier sobre este capítulo, sobre los argumentos de Von Barr. Cada viernes su profesor le daba un pequeño impulso en el trabajo, él volvía a casa después de haber estado con Jamier en un estado de equilibrio y claridad, y generalmente no se acostaba hasta muy avanzada la noche: se quedaba estudiando. El capítulo de Martin que estaba trabajando ahora Sasha estaba directamente relacionado con la tesis que se preparaba para defender en primavera. Después de que hubiera obtenido el grado de doctor y de que Jamier hubiera dado una mención especial a Andréi y a Sasha (éste último ocupando, por supuesto, el segundo lugar), el destino ulterior de Sasha se definiría de una manera irrevocable: después de la defensa de su tesis (y no cabía duda de que sería defendida de modo impecable), Sasha debería ocupar el puesto de ayudante en el bufete de un importante abogado internacional.

Este abogado era un amigo íntimo de Jamier, desde la época de sus estudios en la Universidad de Lille, pero, cuando se les veía juntos, era difícil creer que el voluminoso anciano de mejillas colgantes, dientes manchados por el tabaco, calva vercosa y toda una red de espinillas debajo de la oreja, hubiera sido joven en la misma época en que lo fuera aquel abogado alto y esbelto, de nariz recta, con las sienes canas y las manos enjutas, vestido con camisas de Charvet, poseedor de un automóvil, de una amante y de un chalet. Recibió a Sasha con cortesía literaria; durante la conversación, por espacio de diez minutos, pasó del francés al inglés, y del inglés al alemán. Y cuando Sasha salió de su despacho, pensó en las riñas nocturnas de Iván, en su madre por quien no sentía ningún respeto, en los dedos ennegrecidos y llenos de pinchazos de Katia.

Gracias a los esfuerzos de Jamier él habría podido acceder a un puesto fijo con un buen sueldo, un magnífico futuro, y entrar con toda facilidad en la vida laboral europea. Había elegido su especialidad —el derecho internacional privado— en un arranque de cólera, siguiendo los pasos de Andréi, sin volver siquiera la cabeza; desde aquel momento ese arrebató se había convertido en una devoción duradera, en la que él se desenvolvía, como en una atmósfera particular, propia, tal vez un poco asfixiante para los demás, pero indispensable para él.

La infancia había comenzado a borrarse definitivamente de la cara de Sasha el año anterior, cuando se preparaba para presentarse a los exámenes del doctorado. Había sido una época de gran excitación, de un sentimiento de

comuni3n amorosa con Jamier y con su propio futuro. La infancia desaparecía, pero estaba siendo sustituida por una dulzura nueva, ahora más madura. No era guapo, y sin embargo su rostro era de aquellos que se quedan grabados: ojos penetrantes, ampliamente separados, cara morena y delgada, frente amplia, cabellos oscuros y cuidadosamente peinados sobre su grande y bien proporcionada cabeza. Su nariz, cuyas ventanas no eran del todo regulares, era ligeramente prominente y cartilaginosa; los labios, gruesos e inquietos. Era alto, pero de constituci3n desaliñada. Debido a su estatura se encorvaba ligeramente, aunque era capaz, sobre todo cuando había la necesidad de hacerlo, de mantenerse recto, con tranquilidad y moderaci3n, copiando involuntariamente los gestos de Jamier, su manera de andar, su risa, su forma de colocar la mano izquierda sobre la rodilla derecha, separando mucho el dedo índice del pulgar y, por extraño que parezca, estos gestos de hombre viejo le sentaban bien.

Estuvo durante algunos minutos pensativo, reflexionando sobre el libro, después sacó sus apuntes de una carpeta verde oscuro y se puso a escribir; sus pensamientos eran claros; en su casa, del otro lado de la pared, había tranquilidad; en la casa del vecino alguien golpeaba una cucharita contra un vaso. Trabajó durante un buen rato, ya hacia el final se sintió cansado y tuvo unos deseos tan impetuosos de dormir, que se apresuró a acostarse. Sobre la mesita vio el cuaderno cuadriculado de Katia, que le recordó aquella noche cuando, al despertarse sobresaltado y con la garganta seca, había farfullado los poemas. Le pareció que aquella noche había sido una noche feliz, y su pensamiento sobre los poemas, inocente. Ante este recuerdo, el sueño se retiró durante algún tiempo. Sasha apagó la luz y pensó que aquel día en su vida había sucedido algo que habría sido mejor evitar. Habría sido mejor que Zhanna, con su falsa virtud, volviera a él, que haber encontrado a aquella señorita segura de sí misma y voluntariosa, cuya mano se había posado sobre la suya.

Comenzó a pensar en Lena, y comprendió que había experimentado demasiadas pocas cosas como para poder tomar una decisi3n con respecto a ella. Lena ocupaba sus pensamientos, o, más bien, no era ella: él era casi incapaz de imaginársela, tan poco la había visto.

No, en sus pensamientos estaba él mismo con su nueva inquietud. Por un instante incluso se olvidó de su nombre... Comenzó a repasar las primeras impresiones: algunas eran de una vaguedad extraña, débiles. De esto ya se había dado cuenta incluso allá, en casa de los Shilovski; otras, en cambio, eran muy precisas, terriblemente ardientes. Se quedó dormido sin darse

siquiera cuenta y, sin moverse, con una respiración apenas audible, durmió toda la noche con un sueño profundo.

III

Iván dormía con la cabeza metida en la almohada; la persiana estaba corrida de tal manera que el día, ventoso y claro, con un cielo abigarrado que cambiaba frecuentemente de forma, no le incomodaba: la luz caía sólo sobre la mesa, los libros y los papeles. Sasha estaba sentado en mitad de la habitación, sin haberse vestido todavía a pesar de que era mediodía; estaba sentado inmóvil, observando a su hermano: cada uno de los movimientos que hacía mientras dormía, cada suspiro de Iván le producía un sentimiento ambiguo, mezcla de piedad y animadversión. No podía moverse, comenzaba a parecerle que se encontraba enfermo, que la enfermedad había estado incubando en él desde hacía algunos días y que ahora se manifestaba con toda su fuerza; recordó que unos cuantos días atrás ya no se había sentido bien por la noche, cuando volvía con Katia, y que la víspera seguramente había tenido fiebre, porque, tal vez, habría estado expuesto a alguna corriente de aire en la biblioteca; le dolía la espalda y tenía sueño. Se daba cuenta de que su vida, no la exterior, ya que ésta seguía su curso y nadie podría haber reparado en nada, pero sí la interior, relacionada de una manera muy estrecha no sólo con su estado mental, sino con su estado físico, había cambiado de una manera radical: ya no tenía hambre a la hora de comer, sino en otros momentos, en plena noche, por ejemplo; tenía la cabeza pesada y comenzaba a parecerle que la vista y el oído se debilitaban, como si no conservara más que una décima parte de su vitalidad. No le fue fácil acostumbrarse a la idea de que cuanto hacía y pensaba sólo conducía a algo que carecía en sí mismo de valor. Era como si viviera inmerso en un estado enfermizo de somnolencia que sólo la vida verdadera, cuando llegara, podría borrar sin dejar recuerdos; como si estuviera condenado a vivir aquellos días y aquellas noches vacías en aras de algo junto a lo cual, tanto los días como las noches, parecerían irreales.

Pero por el momento él no conocía sino la dificultad tediosa, el abatimiento producido por la sensación de vacío, sentimientos con los que

debía convivir hora tras hora, día tras día. Sentía vergüenza de sí mismo cuando permanecía durante horas enteras sentado en la silla, así, en medio de la habitación, o acostado cuando Iván no estaba en la cama y fijando la vista en un punto sobre la pared, hasta que al final éste comenzaba a duplicarse o a triplicarse; o bien mirando sus manos que ahora le resultaban odiosas, o dirigiendo su vista hacia la ventana de la casa del fotógrafo, a quien a veces tenía ganas de matar, así, de ventana a ventana, para mantenerlo en secreto por los siglos de los siglos. Olvidándose de lo absurdo de una situación semejante, se imaginaba el momento cuando, por la mañana, toda una multitud entraría corriendo en la habitación del fotógrafo; él mismo iría a ver el cadáver, y no le remordería la conciencia. Se quedaba sentado sin moverse y durante horas desfilaban por su mente cuadros carentes de todo sentido lógico, cuadros que se sucedían sin descanso uno tras otro en sus pensamientos. De pronto, no se sabe en qué momento preciso, se interrumpían y durante unos instantes él se sentía mareado. Luego, en él y alrededor de él, se instalaba el vacío y el silencio, bostezaba, recorría la habitación con su mirada apagada y la detenía en la ventana del fotógrafo. Y tenía que hacer esfuerzos para no dejarse arrastrar nuevamente por su imaginación, que lo conducía a un precipicio.

Y de pronto, en plena noche, o en mitad del día, en el silencio oscuro de la solitaria habitación, el corazón comenzaba a martillearle, se formaban círculos frente a sus ojos; pensaba en Lena y era como una descarga eléctrica, no podía respirar, sentía la necesidad de tumbarse boca abajo, de olvidarse de todo, y con los dientes apretados y los ojos entornados, intentar retenerla el mayor tiempo posible en la memoria. Pero aquella imagen no duraba más que un instante, se desvanecía como una nube, caía como una estrella, y nuevas imágenes venían a sustituirla.

Había momentos en los que él, sin embargo, conseguía pensar y reflexionar de una manera distinta. Eso sucedía los días en que, casualmente, había dormido bien y conseguía trabajar un poco; entonces se olvidaba de repente tanto del fotógrafo como de esa cadena de largas y torturantes pesadillas, y una claridad repentina y fresca le colmaba la mente; se veía como el Sasha, amigo de Andréi, invitado de los Shilovski, invitado habitual de Zhenia y de Lena; conseguía recordar, con una tranquilidad racional, el día que había ido a casa de ellas, y la inquietud prohibida con la que había esperado el encuentro con Zhenia.

Con serenidad racional podía, en esos momentos, formularse preguntas inútiles y darles respuestas: «Tomemos un patrón de la vida cotidiana —se

decía buscándolo con ansiedad y asiéndose fuertemente a él—. Si Lena me gusta, debo hacerlo todo para conseguir verla». Observaba con alegría lo rutinario y lo habitual de aquella frase y continuaba: «Puedo llamarla por teléfono y preguntarle si le gustaría ir el domingo a la exposición. O también puedo ir a visitarla, no, a visitarlas, y decirles: “Ustedes me habían invitado a venir. Aquí estoy”». En su mente comenzaba la lucha entre el patrón de la vida y las consecuencias, inmediatas o futuras, que se desencadenarían. Era como la lucha que sostienen los microbios contra los glóbulos rojos en la sangre, una lucha que agota al hombre, le da el delirio y el frenesí de la fiebre y más tarde el bienestar. En su cerebro comenzaba lo mismo: él sentía, aunque no pudiera explicarlo y comprendiera su impotencia, que podía llamar por teléfono e invitar, al sitio que fuera, únicamente a Zhenia, pero de ninguna manera a Lena. «¿A la exposición? —diría ella—. Si tuviera ganas de ir con usted a la exposición, créame, no me habría demorado en hacérselo saber». Ir a su casa era posible, incluso era conveniente, pero debía hacerlo con Andréi, no solo, así sería más discreto; había que ponerse de acuerdo con él, y en ello radicaba toda la dificultad: Andréi había tenido tiempo, en el transcurso de una semana, de presentar a Zhenia a sus padres, de llevarla a su casa, y ahora él ya casi no iba a casa de ella, porque ella solía ir a casa de él. Esto le agradaba a Zhenia, y lo visitaba casi cada día. Saludaba primero a Tatiana Vasílievna y ésta la besaba en ambas mejillas, después a Mijaíl Serguéievich y exigía que él también la besara, ante lo cual Mijaíl Serguéievich se sentía turbado y la besaba apresurada y sonoramente, arañándola con sus mejillas mal afeitadas, con sus tiasas barbas. Después ella iba a la habitación de Andréi, se recostaba en el diván, subía las piernas sobre la silla y se ponían a conversar y se besaban sin sentirse cohibidos por los pasos de los padres que se oían del otro lado de la pared. En ocasiones él le quitaba los zapatos y tomaba sus pies entre las manos. Las medias crujían y la fuerte pierna de Zhenia no oponía resistencia. En casa de Zhenia siempre había algún imprevisto que los incomodaba: ya fuera que llegara alguna amiga, despiadadamente inoportuna, ya que Milia exigiera mucho tiempo y atención, ya que se sintiera la presencia invisible, agobiante de Lena, que podía oírlos o podía entrar en cualquier momento, y eso irritaba a Andréi.

Andréi ya no iba casi nunca de visita a casa de los Shilovski, y en eso radicaba la dificultad: era imposible convencerlo de ir a aquella casa, porque eso habría significado revelarle su secreto, sobre todo después de que Andréi, unos cuantos días atrás, hubiera invitado a Sasha a su casa, diciéndole que

Zhenia iba casi a diario a almorzar con él y que sería agradable que un día coincidieran los tres.

Sasha se pasaba horas sin hacer otra cosa que atormentarse con los pensamientos que acudían a su mente. Sentía que no era capaz de realizar ni el esfuerzo más pequeño para acercarse a Lena; se encontraba hecho pedazos, maniatado, sin saber cuánto tiempo tendría que esperar todavía así. Se encontraba obsesionado por un pensamiento que lo desmoralizaba y lo consumía: él no podía hacer nada, era Lena misma quien quería que él fuera suyo, y que aquello sucedería sin que él pusiera en eso el más mínimo empeño.

Y mientras más pensaba en todo aquello, con mayor claridad veía su impotencia, contra la cual no es que no pudiera sino que no consideraba necesario luchar. En ocasiones sentía un deseo: espiar a Lena en la calle y llevársela a algún sitio a pasar toda la noche, todo el día, irse de la ciudad, no dejar que ella se alejara de él durante largas horas. Pero en ese mismo momento el frío del cálculo apagaba el ardor de aquel entusiasmo: veía que no tenía ningún sentido espiarla, ni llevársela, ni mantenerla a su lado, que sería ella misma quien lo espiaría, se lo llevaría y lo mantendría a su lado, y las palabras pronunciadas por ella se convertirían en cadenas en su memoria, en cadenas que ella uniría con tanta seguridad, que lo atarían aún más fuertemente.

Se levantaba e iba hasta la puerta, y de nuevo volvía a la mesa y recordaba a Zhanna, y a otras a las cuales había conocido en las calles de la capital, y hacia quienes tenía un acceso fácil, ajeno a toda reflexión dolorosa.

No dudaba en absoluto de que ella lo atraparía. Estaba convencido de que Lena no lo soltaría, de que no lo olvidaría y de que no cesaría hasta conseguirlo, y esto aumentaba aún más su impaciencia. Cada vez veía con mayor claridad que, desde el momento en que se conocieron, ella lo buscaba y eso confirmaba con fuerza su decisión de no oponer resistencia y, al mismo tiempo, de no tomar la iniciativa: ambas cosas podían alejarla; ella exigía sumisión.

No pensó siquiera en mantenerse a la defensiva; no quería ayudar a Lena: su ayuda le habría dado poco a poco un nuevo giro a la historia: con una palabra, con un movimiento, se habría echado encima toda la responsabilidad y la virtud de ese acontecimiento: él no habría logrado conservar el equilibrio y Lena se habría quedado sin nada: una vez que le hubiera quitado a ella la

iniciativa, no habría sabido qué hacer con ella, le habría resultado demasiado complicado, y Lena se habría ido, lo habría abandonado, porque ella lo amaba a él, pero también amaba el poder que ejercía sobre él.

Conocía también minutos de terror cuando pensaba que a pesar de los dos encuentros, de aquella bendita y al mismo tiempo monstruosa velada, ella lo olvidaría, lo abandonaría, que él no habría sido más que una casualidad, que ya había sido abandonado, olvidado, incluso traicionado y burlado; el terror se transformaba en un sentimiento de celos salvajes, que le rompía el alma en dos mitades, celos del pasado de ella, puesto que él no había tenido un pasado, y celos de su presente, puesto que él despreciaba el suyo; celos de la vida de ella, que él desconocía, de las personas que ella amaba y que la amaban, y que habían hecho de ella aquello en lo que estaba convertida.

En medio de toda esta inseguridad había una isla, a la cual Sasha se asía: Jamier. Allí, en el despacho, adonde él iba cada viernes, rodeado del amargo olor que despedían las colillas marrones, oprimido por las estanterías llenas de libros, por la puerta que apenas se abría, por el armario que estorbaba y una ventana desde donde se veía otra ventana, ajena, con un ficus en el alféizar, él se sentaba y oía la voz sorda y cavernosa de bajo; veía los canos mechones y los rápidos ojos marrones bajo los hinchados párpados. Se levantaba para estirar las piernas, para ir hasta la cama, que ocupaba mucho espacio; Jamier giraba en dirección a él su corpachón enmarcado en las arrugas del chaleco, su gran barriga con la orden roja en el ojal, y giraba también su oreja; aquí todo desaparecía, las horas pasaban, la llave giraba en la cerradura de la puerta, y entraba una señorita de trece años; su hija. Se quitaba la ropa de abrigo sin hacer ruido e inmediatamente entraba en el despacho para hacer una reverencia al invitado y decir en voz baja: «Papá, ya estoy aquí», y desaparecía de nuevo en una habitación lejana y tranquila, desde donde, en una ocasión, se habían dejado oír algunos sonidos, como si alguien hubiera comenzado a tocar la cítara (ella había creído que Sasha ya se había marchado). Jamier se ruborizó, salió, y los sonidos dejaron de oírse. Y de nuevo se sentaron, continuaron conversando, y así, hasta las once. Y entonces Sasha se despidió, tras haber estrechado aquella mano gelatinosa, enorme, llena de venas azuladas. Y Jamier repetía cada vez: «Tenga cuidado, por alguna razón está oscura la escalera esta noche». Sasha salió, dio diez pasos hasta llegar a la esquina, hasta el monumento, y de pronto el apartamento, la hija, la cítara y el propio Jamier desaparecieron, y de nuevo se quedó solo. Dio un rodeo, como si viniera de la biblioteca, y se detuvo frente al quiosco en donde ya habían tenido tiempo de cambiar los carteles, pero en

donde todavía se podía leer el título de la obra de teatro que él no había visto. Miró la reja de la puerta abierta de la oficina del teatro, como si a través del vidrio y del acero de nuevo pudiera salir a su encuentro Lena, con su abrigo marrón, y ya fuera suya, pero todavía fuera inaprensible, como si no estuviera del todo encarnada. Volvió a su casa con la cabeza pesada, sin mirar a nadie; llegó, empujó la puerta, giró el interruptor y constató que ya había transcurrido un día más, y de nuevo había transcurrido sin ella. En ese momento, por su mente desfiló apresuradamente una hilera de personas que tiempo atrás le habían sido queridas: Iván, Katia, Andréi y otros, que lo recordaban o que ya lo habían olvidado, que habían desaparecido en la nada o que todavía vivían en algún lugar cercano. Exhausto, se echaba en la cama, para levantarse a la mañana siguiente y enfrentarse al mismo estado falto de toda alegría.

Estaba sentado sobre la silla. Iván dormía, los objetos, miserables y habituales, de los que estaba harto, no conseguían atrapar su atención, no lo distraían, no lo consolaban. De pronto, Sasha sintió un pinchazo. Se levantó y se vistió. Era algo parecido a un presentimiento, pero él tenía miedo de los presentimientos y además no creía en ellos: eran ya muchos los presentimientos que acumulaba en la memoria sin que se hubieran cumplido.

Bajó. «Tiene usted una carta», le dijo la conserje. Fue hasta el buzón y sacó la carta. Las letras se sucedían con rapidez ante sus ojos, la caligrafía no le era conocida, era poco inteligible; abrió el sobre.

Tardó un poco en comprender que la carta era de Lena; ella le escribía que estaría contenta de verlo en su casa al día siguiente, por la noche, que durante los últimos días había estado esperando el regreso de su padre, pero que éste aún no había llegado; que lo invitaba sin ceremonias, que no habría nadie más: ahora Zhenia nunca estaba en casa. Y que esperaba que asistiera sin falta, a poco que pudiera.

Leyó la carta en un instante y se fue al café de la esquina para leerla otras cinco veces y tratar de adivinar a Lena detrás de cada palabra, buscando aquello que la había llevado hasta esa palabra precisamente, y no a otra, oyendo su voz, tal vez, si aquella palabra hubiera sido pronunciada por ella. La vio con la pluma en la mano, con los dedos de la mano izquierda puestos sobre el papel con ese gesto teatral innato en algunas mujeres. E inmediatamente después se la imaginó al día siguiente por la noche, cuando saliera a su encuentro, con un vestido de casa, las manos tibias y el aliento perfumado, la casa vacía, las habitaciones oscuras cubiertas de alfombras.

Puso ambos codos sobre la mesa una vez que hubo guardado la carta en su bolsillo, y se miró en el espejo.

Allí estaba él, aquél a quien Lena había escrito, a quien amaba, a quien tal vez buscaba. Él había esperado hasta conseguir lo que quería: ¡oh, qué triunfo! Porque además de amor en todo aquello había un juego: él había jugado y había jugado bien; sí, ella lo había estado pescando, y ahora le correspondía a él irse entregando a ella poco a poco; no se había equivocado: de él se exigía rendirse en el momento oportuno.

La sensación de alegría asfixiante, de éxtasis frente a sí mismo, de la seguridad que le daba haber adivinado correctamente el comportamiento de Lena, le hacían perder la cabeza. Se levantó y salió. El día era frío. Sasha sintió deseos de hacer algo descabellado, algo alegre. Fue hasta Correos, entró y pidió un impreso para enviar un telegrama. Su corazón latía con fuerza, tenía ganas de reír. Sacó su pluma y se apoyó en el mostrador para escribir.

«Gracias por el trajecito sano y feliz Sasha», y subrayó dos veces la palabra Pittsburgh.

Inesperadamente tuvo que pagar una suma bastante grande de dinero: fue como un baño de agua fría. Salió a la calle. «¡Pero qué he hecho. Dios mío, qué estúpido soy!», pensó y se dirigió a su casa por el camino más corto.

La hora avanzaba y, como si siguiera el compás del tiempo, el corazón de Sasha se puso a latir con mayor rapidez. La noche que llegó era de aquéllas en las que te da absolutamente igual dormir o no, porque estás seguro de que los sueños serán una continuación de la realidad y que aquello que te preocupa no desaparecerá, sino que permanecerá a tu lado y se encadenará con la noche del día siguiente. Sasha no hacía más que medir el tiempo que todavía faltaba para que llegara esa noche, la distancia que lo separaba de aquella casa grande, blanca, como de azúcar, adonde iría después de la comida (Katia trabajaría por la noche), como va un enamorado hacia lo desconocido, hacia la felicidad. Y cuando al día siguiente salió del restorán y anduvo por las oscuras calles, le pareció que aquélla era la primera vez en la vida que se sentía pertenecer al gran clan de los amantes que, unidos por la misma causa solidaria, son uno para todos y todos para uno; tuvo la impresión de que hasta ese momento había estado solo y abandonado, pero que ahora parecía haber sido aceptado en el seno de una sociedad secreta poderosísima, y que ahora poseía el poder de fundirse con aquellos que eran como él. Pensaba en que tenía por delante la incertidumbre, y que era algo magnífico, no comparable a nada de lo que había conocido hasta entonces. La incertidumbre misma era ya fuente de felicidad. Subió por la escalera y llamó. Todo era silencio detrás de

la puerta. Después, en la lejanía, sonaron unos pasos ensordecidos por la alfombra, chasqueó el interruptor, de nuevo se oyeron pasos y la puerta se abrió. Vio a la sirvienta de la que, por alguna razón, sentía cierto miedo desde la otra vez. A su alrededor se encontraban las oscuras puertas abiertas que daban a habitaciones que él ya había tenido tiempo de olvidar, y él observaba tenso, no fuera a ser que Lena apareciera por alguna de aquellas puertas: quería estar preparado para mirarla. Pero la sirvienta dijo:

—Pase, por favor. Elena Borisovna está en su habitación.

Y lo condujo a través de un resbaloso corredor.

Oyó el sonido de una máquina de coser y el alboroto y la vocecita de Milia, y todo aquello le hizo imaginar el prolongado bienestar de aquella vida de familia. En esos momentos veía a Lena iluminada desde un ángulo inesperado. Hasta entonces, ¿de qué manera había estado ella en su imaginación? Era tan terriblemente independiente, tan autónoma, parecía tan despegada del medio en el que había crecido y en el que todavía vivía. El día que se conocieron, aquel absurdo día de los esponsales y del champán vertido, ella parecía al mismo tiempo la anfitriona y la invitada en aquella casa en la que crecía su hermana menor, en la que vivía la vieja nana de nariz chata y negras cejas, en la que una de las habitaciones se llamaba el gabinete del padre, del ingeniero Boris Ignátievich Shilovski. En medio de esta calma vespertina, en estos sonidos de la tarde, Sasha se imaginó la larga hilera de años que Lena había pasado en este ambiente, y le pareció que debían haber sido años apacibles; de otra manera, ella no seguiría aquí, estaría viviendo sola desde hacía mucho tiempo. Pero en este momento cayó repentinamente en la cuenta de que si verdaderamente aquellos años hubieran sido para ella serenos, hace mucho tiempo que estaría casada, tendría hijos, una casa como aquella y una sirvienta igual; y sin embargo había algo que la había obligado a permanecer hasta los veinticuatro años en la casa de su padre.

La sirvienta tocó en la tercera puerta. Lena se levantó para ir al encuentro de Sasha; él ignoraba en ella todavía los movimientos más elementales, los más cotidianos: ¡cuánto le faltaba por conocer de ella! Ése fue el pensamiento que lo atravesó. Le estrechó la mano, le dio las gracias por la invitación y le dijo, perdiendo repentinamente todo el control sobre sí mismo, que habría venido, si hasta el viernes no hubiera recibido una carta.

—Y sin embargo no había venido —dijo ella con picardía—. Y seguramente tampoco habría venido. ¿Y por qué hasta el viernes?

Él perdió toda presencia de ánimo.

—Así —respondió y se sentó, desconcertado.

La habitación era parte de ella misma, y a Sasha le pareció que conocer y ver cómo y dónde vivía era también uno de los muchos caminos que conducían hasta ella: en un rincón, sobre una mesa y encima del diván había tres lámparas encendidas, con pantallas cónicas, pero daban poca luz: la habitación estaba casi en la penumbra; vio a los pies de Lena una mesa baja con una caja que contenía cigarrillos caros y un cenicero cuadrado; buscó los libros con los ojos: sobre una mesa pequeñita había colgada una estantería, y en ella relucían lomos de libros que le parecieron desconocidos; sobre la chimenea, bajo un enorme ramo de flores blancas, había unas fotografías: todo era ordinario pero opulento, y él se sintió ligeramente desilusionado.

—¿Tal vez le gustaría ir al salón? —preguntó ella, pero él respondió que no quería ir al salón, que el salón antecede las despedidas, que aquella habitación en sí misma le recordaba que no debía quedarse mucho tiempo, y que en cambio allí, en donde ella vivía, podía quedarse un rato largo.

—¿Tiene usted intenciones de quedarse un rato largo? —preguntó ella.

—Sí.

Ella cruzó las manos sobre las rodillas, y él entonces reparó en que su vestido estaba abrochado con grandes botones lisos y de ámbar; una vaga alegría lo trastornó al pensar que con sólo estirar el brazo podría desabotonar aquel vestido.

—¿Me ha leído usted el pensamiento? —preguntó él.

—No —respondió ella—, si yo pudiera leer sus pensamientos sabría lo que usted piensa de mí, y no lo sé.

Durante unos segundos él la miró en silencio.

—¿Acaso no le es indiferente lo que yo piense de usted? A mí, por ejemplo, me da igual lo que piense usted de mí.

—Porque usted lo sabe.

—¿Qué es lo que sé?

Ella se encogió de hombros.

—Se lo diré, pero no ahora.

Ella se echó hacia atrás en el diván; él vio su pie grande y uniforme cubierto por una media oscura y un zapato ligero y abierto.

—¿No le parece —preguntó ella— que nuestra conversación de hoy corre el riesgo de ser demasiado fútil? Somos demasiado generosos, en exceso generosos, somos simplemente derrochadores, deberíamos comenzar por conocernos más el uno al otro, tenemos ansia de hacerlo, ¿no es así? Y henos aquí, dispuestos a molestarnos con insinuaciones y preguntas que, de ser respondidas, harían que comenzara algo completamente distinto, nuevo.

Como si esas respuestas fueran una tijera con la que cortaras un trozo para separarte de él, de manera irremediable y lamentando esa separación. Es mejor mantenerse lejos de las palabras decisivas, ¿no es cierto?

—Sí —dijo él—, usted, probablemente, tenga razón. Pero al parecer hemos perdido ya la posibilidad de conversar de forma discreta y amigable, de conocernos mutuamente a través de una charla decorosa.

Guardó silencio y una sonrisa burlona atravesó su rostro. Luego continuó:

—Le leeré en voz alta el periódico de hoy, si tiene usted ganas de retrasar los acontecimientos cueste lo que cueste.

Ella soltó una carcajada y sus ojos refulgieron.

—Son medidas artificiales —dijo ella de nuevo pensativa—, demasiado aburridas. ¿No le asusta —hizo una pequeña pausa—, no le asusta que no tengamos ningún obstáculo en nuestro camino?

El corazón de Sasha se puso a palpar con fuerza, la sangre se le heló en el pecho.

—No —dijo él con una voz casi inaudible—, no sabía que no los tuviéramos.

Ella de pronto se ruborizó, y sus manos fueron presa súbita de la intranquilidad.

—No me ha comprendido usted correctamente —dijo de forma entrecortada—, lo que he querido decir es que no tenemos los obstáculos que antes tenían los amantes. No los tenemos, ¿no es así?

Él continuaba mirándola en silencio.

—Y usted lo sabía perfectamente bien. Tenga el valor de reconocer que si usted no hubiera estado seguro de que no existen estos obstáculos, jamás habría venido a verme.

Él desvió la mirada hacia el zapato de ella.

—No quiero ser un capricho suyo —dijo él haciendo un esfuerzo.

Su corazón palpitaba con rapidez, él sentía que todo lo que había habido alguna vez en su vida, y todo lo que todavía habría, se derrumbaba sin respetar nada. Sólo quedaba este momento.

—Usted no es un capricho —dijo ella en voz baja.

El silencio golpeaba a Sasha en las sienes, un escalofrío recorrió su cuerpo. El silencio se prolongaba demasiado; oyó, sobre la plancha de mármol de la chimenea, el suave tictac del reloj y lejos, al otro lado de la pared, el susurro uniforme de la máquina de coser.

—Oh, siglo enamorado de la simplificación de la vida —atino a decir Sasha, levantándose y cruzando los brazos sobre el pecho—. Dios mío, qué

feliz soy, qué feliz soy de estar a su lado, de amarla.

Ella echó la cabeza hacia atrás, lo miró atentamente y dijo con una intencionada risa superficial:

—No se alegre, más tarde pueden surgir dificultades que sustituirán con creces los obstáculos que tenían los antiguos amantes.

Él se encogió de hombros.

—No intente asustarme, no le queda bien.

—No es mi intención asustarlo. ¿Acaso en su alma todo resulta claro y sencillo?

Él no reparó en aquellas palabras: ella tenía el poder de congelarlo, no era la primera vez que él se daba cuenta de eso.

Ella continuaba sentada, inmóvil: tenía el rostro pálido, los ojos se habían ensombrecido, la boca parecía más grande que de costumbre. Los pómulos parecieron inesperadamente prominentes, y Sasha tuvo la impresión de que, de manera repentina, ella había adquirido rasgos de japonesa. Pero eso se desvaneció enseguida, únicamente los ojos le quedaron rasgados hacia las sienes y los pómulos se dibujaron con mayor nitidez; ella descruzó los brazos y puso una mano con la palma hacia arriba junto a ella. Entonces Sasha recordó, al mirar aquella palma rellenita, rosada y con protuberancias, que las manos de Lena le habían evocado las patas de un felino.

Tambaleándose, se aproximó hasta ella sin darse verdadera cuenta de lo que hacía, se arrodilló a sus pies y en absoluto silencio se apretó contra sus rodillas. Ella se separó de él dulcemente, sin alterar la posición de sus manos. Él levantó la vista. Ahora ella estaba completamente pálida, con círculos alrededor de sus ya oscurecidos y angostados ojos, pero Sasha no logró percibir ni inquietud ni excitación: su respiración era regular y estaba sentada en una postura confortable, serena, sin intención, al parecer, de moverse.

—Me gustaría —dijo ella con dulzura— que usted se sintiera bien a mi lado. Ya se lo había dicho.

Ella pasó su mano por los cabellos de Sasha, y por un momento la detuvo en la nuca.

—Me gustaría que cuando surjan las dificultades (y surgirán), usted no se asuste y continúe amándome.

Él la escuchaba conteniendo la respiración.

—Tal vez —continuó ella, mirando hacia el frente sin reparar en la cara de Sasha—, sin ellas el amor verdadero no exista, sino únicamente el hábito del amor.

—¿Usted ha amado? —susurró él.

Ella le permitió encontrarse con su mirada y en silencio asintió con la cabeza, con una sonrisa apenas perceptible. Y él, nuevamente, fue presa de los celos.

Ella se inclinó hacia él.

—¿Se ha puesto usted triste? ¿No se encuentra usted bien a mi lado? Dígame, ¿qué le gustaría en este momento?

Él tomó las dos manos de ella y estuvo contemplándolas durante mucho tiempo, intentando dominar el vértigo; sintió deseos de inventar algo salvaje, absurdo e inesperado, para desconcertarla, un deseo que fuera irrealizable, una exigencia que resultara imposible. Pero con ella todo era realizable y posible, nada parecía incongruente.

—Me gustaría no estar aquí, pero estar con usted.

—¿En su casa?

—¡No, qué dice! Usted ignora cómo vivo. Usted no podrá ir a mi casa. Me gustaría salir ahora con usted, ir a algún sitio, no demasiado lejos, pero tampoco demasiado cerca, y, lo más importante, que nadie supiera que usted está conmigo y yo estoy con usted. Llegar a algún lugar en donde no hubiera nadie salvo usted y yo, donde hasta altas horas de la noche, o mejor, hasta mañana por la mañana pudiera quedarme a su lado, estar cerca de usted.

Él sintió que sus manos, entre las manos de ella, estaban completamente húmedas; en otro momento no habría sabido qué hacer, cómo esconderlo, pero ahora le daba igual. Ella se inclinó aún más hacia él. Él sintió el olor a los polvos o tal vez al perfume que, junto con su aliento, emanaba de ella.

—¿Eso es lo que quiere? —preguntó, y sus ojos se hicieron completamente rasgados, largos—. Espéreme en el vestíbulo, me vestiré enseguida. Nos vamos.

Él se separó de sus rodillas, ella se levantó rápidamente. En medio de la penumbra, él llegó hasta la puerta, la abrió y salió al corredor.

Todo estaba envuelto por las tinieblas salvo, quizá, cada último segundo; cada segundo borraba el anterior, y no quedaba nada, como cuando algo arde y no quedan ni las cenizas.

Sentía escalofríos, los dientes le castañeteaban; se apoyaba contra las paredes. Anduvo por el corredor iluminado hasta llegar al recibidor, tanteó hasta encontrar el interruptor y encendió la luz.

Las paredes parecían flotar frente a él, también la alta percha era como si estuviera flotando. Vio dos abrigos de piel, había algo enternecedor en este

estar colgados juntos de los dos abrigos, el de Zhenia y el de Lena; también estaba colgado el chaquetón corto de Milia y otra prenda en la que en un principio Sasha no había reparado, una prenda que no se parecía a cuantas cosas la rodeaban, un abrigo conocido y que resultaba sorprendente precisamente porque era algo familiar: el abrigo lila de Katia.

Inmediatamente se recuperó de la sorpresa, recordó el susurro de la máquina de coser y aquel trabajo nocturno urgente del que Katia le había hablado aquel día. ¡Trabajaba para los Shilovski! Vio en la consola que estaba debajo del gran espejo su gorro, transparente, con la cinta de terciopelo, ¿cómo pudo no haberse dado cuenta antes? Ella se encontraba aquí, detrás de esta puerta, en el comedor. Se acercó sigilosamente y en silencio abrió la puerta blanca, de vidrio.

Ya habían retirado el mantel de la mesa, y la máquina estaba en un extremo, sobre un paño gris. Katia levantó la vista del montón de tela blanca y rosa. Detuvo sus ojos, redondos y enrojecidos por el trabajo, en el rostro de Sasha, que había aparecido por la hendidura de la puerta, y no pudo articular palabra.

Así se miraron el uno al otro durante unos instantes en medio del silencio de una casa ajena.

—¡Tú! —dijo Katia en voz baja—, ¿qué estás haciendo aquí?

—Estoy de visita —en el mismo tono de voz respondió Sasha.

—¿Conoces a las señoritas que viven aquí?

—Sí.

—¿Vienes con frecuencia?

—No, es la segunda vez.

—Pues ve con cuidado: la menor ya está comprometida —Katia había asimilado definitivamente la desfachatez de Iván—, y la mayor jamás se casará contigo.

—Tonterías, no se te ocurren más que tonterías. No pienso casarme, vengo simplemente porque sí.

Katia lo oía asustada.

—Vete, cierra la puerta. De todas formas, no hace ninguna falta que se enteren de que soy para ti casi un pariente.

—¿Por qué? Eres una tonta.

—No, no soy ninguna tonta. Sé lo que digo. Cierra la puerta, cuanto antes.

Sasha cerró la puerta y se alejó. ¿Por qué? Porque conocer a Katia resultaba indecoroso, porque ella era pobre y él era pobre, y mientras más

tarde se enteraran de aquello mejor sería: era mejor que sólo hubiera suposiciones, nada de pruebas.

Lena apareció cuando él ya se había puesto el abrigo; le pidió que saliera él primero y que encendiera la luz de la escalera, ella apagó la del vestíbulo y se aseguró de llevar las llaves en el bolso.

—¿Qué hora es? —preguntó Lena.

—Más de las diez.

Ella cerró la puerta y bajaron rápidamente por la escalera alfombrada. Sobre los vitrales de las ventanas, de mal gusto y sin ningún sentido, la luz eléctrica producía reflejos de latón. Ella apretó un botón y la puerta de la entrada se abrió. En la calle comenzaba el invierno.

Las poco frecuentes farolas en la oscuridad de la calle desierta se entumecían en una cadena solitaria, las losas de las aceras estaban secas y los pasos apresurados de Lena repercutían en ellas. Sasha iba a su lado, tomándola del brazo, y de nuevo su mano se hundía en la sedosa manga del abrigo de ella.

—Tiene usted frío —dijo ella—. ¡Cómo ha cambiado el clima en los últimos días! Todavía hace una semana usted y yo no podíamos creer que sólo dos meses nos separaban de Navidad. Y hoy tenemos un clima absolutamente propio de diciembre.

Él guardaba silencio, la niebla que reinaba en su pensamiento le dificultaba cualquier conversación. Elevó la vista. Allí, entre' las pendientes escarpadas de las nubes, centelleaban enormes y lisas las estrellas: la cabeza le daba vueltas si miraba hacia arriba mientras caminaba.

«Ella sabe lo que hace —pensó él con cierta vaguedad—, yo no sé lo que hago». Lena iba al mismo paso que él, y por primera vez él sintió el ritmo de sus pasos, como si fuera el presentimiento de los latidos del corazón de ella. En la esquina ella hizo una señal para detener un taxi. El chófer se dirigió hacia donde estaban, Lena soltó el brazo de Sasha y se acercó al coche, tanto, que pudo poner la mano en uno de los extremos. Sasha vio cómo se movían sus labios, pero no oyó la dirección.

«Da igual —pensó—, da igual adónde ir». Sasha abrió la portezuela, Lena se sentó, y él se sentó inmediatamente después. La portezuela se cerró y el coche se puso en marcha.

—Ha cambiado el clima —dijo ella, y su voz tembló, pero se recuperó al cabo de un instante—, y muchas, muchas otras cosas también han cambiado. Qué dulce resulta decir banalidades de vez en cuando, ¿no le parece?

Ella se giró hacia donde él estaba y fijó la vista en su rostro dirigiéndole una mirada larga, como si quisiera atraerlo hasta ella.

—¿Adónde vamos? —preguntó él, sin saber qué decir. Y de nuevo lo recorrió un escalofrío y tuvo miedo de que ella lo notara, de que notara que le castañeteaban los dientes.

—Vamos al lugar aquél al que usted tenía ganas de ir —respondió ella—. ¿Qué le sucede? ¿Está usted resfriado? ¿Está usted temblando!

Él giró su cara hacia ella, con ojos brillantes y afiebrados; ella rodeó con su brazo el cuello de Sasha, le levantó el grueso cuello del abrigo y le cruzó la bufanda sobre el pecho.

—Tiene usted fiebre —dijo ella atrayéndolo hacia sí e intentando unir bajo la barbilla de Sasha los rebeldes extremos del cuello.

—Estoy perfectamente sano, qué dice usted —respondió él, castañeteando los dientes—; déjeme, ya estoy bien abrigado.

Ella lo soltó, pero dejó su mano puesta sobre el hombro de Sasha.

—No tenga miedo, no tenga miedo —dijo ella de pronto—, no ha pasado nada, en la tierra hay miles de personas como usted y como yo.

—No tengo miedo. ¿Qué le hace pensar que tengo miedo? Es por felicidad, es porque no sé qué hacer conmigo mismo —de nuevo castañetearon sus dientes—, porque me parece terrible que todo termine, porque usted es de esta manera... Usted... ¿Qué ha hecho usted conmigo?

Ella rozó con Ja mano la mejilla de él, le acarició la nuca. Tenía unas ganas irreprimibles de llorar, de abrazarla y de estallar en sollozos. Él alargó el brazo y con mucho cuidado encontró el ribete del abrigo de Lena, pasó su mano sobre la piel, encontró la cintura del vestido y sintió el calor que emanaba de ella.

—No me toque, llegaremos enseguida —la voz de Lena parecía venir de muy lejos, a pesar de que Sasha podía sentir sus labios casi en su oreja.

Se detuvieron en medio de la oscuridad y el silencio. No se veía nada. Él salió primero y le ofreció su mano. No había un alma en la calle, y aquella hilera de casas todas iguales, gris oscuro, con verjas en los balcones, y las puertas y las ventanas oscuras, le era totalmente desconocida. La calle adoquinada estaba vacía y serena; no había salida: una valla transversal al pavimento cerraba el paso. Era un callejón sin salida, silencioso, seguramente muy elegante y tranquilo. Las aceras eran amplias y limpias, el viento silbaba sobre ellas.

Lena llamó al timbre de una puerta: ésta se abrió con un ligero chirrido. Entraron, atravesaron un recibidor largo y oscuro, y luego giraron; se

encendió la luz. Sasha vio la escalera, la jaula del ascensor. En el edificio reinaba un silencio nocturno, profundo.

Le pareció que la escalera era amplia, suntuosa y de suave pendiente, pero Lena abrió la puerta del ascensor y él entró tras ella. Se colocó muy cerca de ella. Ella levantó la vista hacia la larga fila de botones.

—Séptimo —dijo ella y apretó el más alto.

Comenzaron a subir haciendo un levísimo ruido, y, de vez en cuando, en las diferentes plantas, se dejaba oír un suave chasquido; ascendían a algún lugar que debía ser cercano al tejado. Acababan de pasar el quinto piso cuando de pronto se apagó la luz. Continuaron su ascensión en plena oscuridad.

A Sasha le pareció que la luz se había apagado no porque el tiempo automático que le correspondía se hubiera agotado, sino a causa de algo que estaba a punto de ocurrir, alguna catástrofe: que caerían en las tinieblas, en el vacío. Que sobre sus cuerpos sanguinolentos se inclinarían las personas y se preguntarían: ¿qué estaban haciendo estos dos aquí? Ni uno ni otro viven en esta casa. Pero la conserje diría: yo conozco a esta mujer, de vez en cuando venía por aquí...

—¿Tiene usted cerillas? —preguntó Lena desde la oscuridad más próxima.

Él se puso a rebuscar en los bolsillos.

—Sí, tenía —respondió.

Continuaban subiendo. Sacó del bolsillo de su chaleco una cajita. El ascensor dio un chasquido y se detuvo.

Sasha frotó una cerilla, se encendió la llama, brillaron los botones. Él estiró la mano hacia el picaporte, pero antes de que lo hubiera alcanzado, Lena hizo un movimiento y a él le pareció que el ascensor se tambaleaba: ella pasó la mano por encima del hombro de él y en plena cara de Sasha apretó rápidamente el botón más bajo. Volaron impetuosamente en dirección opuesta.

—¿Qué está usted haciendo? —gritó suavemente él.

Descendían a toda velocidad, y él de nuevo, con manos temblorosas, encendió una cerilla. Vio el rostro pálido de Lena y la boca apretada en una mueca de susto. Jamás antes ni después la vio tan aterrada.

—¿Por qué hace descender al ascensor?

—No lo sé —farfulló ella, perdiendo de repente toda su fortaleza—, es mejor que nos vayamos, es mejor que no vayamos... allá.

Arrojó la consumida cerilla en el suelo justo en el momento en que, finalmente, se detuvieron. Resultaba extraño pensar que en aquella calle tan tranquila y rica, hubiera una casa muerta y que allí, en medio de la oscuridad del sepulcro, dos personas subieran y bajaran en un ascensor.

Pero Lena se recobró enseguida. Rozó a Sasha con el hombro, le sonrió a pesar de que él no podía ver aquella sonrisa, y dijo:

—No, no, son tonterías. En este mismo instante subimos de nuevo. ¡Qué chiquillada!

Y por segunda vez, despacio, iniciaron el ascenso, medio abrazados y sin moverse.

—Yo salgo primero —dijo ella cuando abrió la puerta—. Aquí se enciende la luz. —Ella apretó el interruptor y él pudo ver de nuevo la alfombra y el amplio rellano con dos puertas oscuras. En la izquierda había, fijada con tornillos, una placa de metal alargada. *Decoration d'art Essima*, tuvo tiempo de leer. En la otra puerta no había nada. Lena se acercó hasta ésa, metió en silencio una llave plana en el angosto orificio de la cerradura, sonó un ruido metálico y la puerta cedió.

—Pase —dijo Lena—. ¡Qué calor hace aquí!

Él entró. El calor era realmente asfixiante; en los radiadores, produciendo el ligero ruido que hacen los ratones, se oía hervir el agua. Se encendió la luz y Sasha vio un corredor corto cubierto por una alfombra, y un diván bajo junto al cual colgaba un paisaje verde azulado.

—Por aquí —dijo Lena; apartó la cortina que hacía de puerta, y entraron en una habitación que a Sasha le pareció inmensa. De nuevo se encendió la luz, pero ya no por encima de sus cabezas, sino en un rincón de la enorme habitación, bajo una pantalla color crema.

—Quítese el abrigo —dijo ella—, siéntese; apagaré la calefacción, no se puede respirar aquí.

Él levantó la vista y en el centro mismo de la pared, justo frente a la puerta, al lado de la cual él todavía se encontraba esperando, vio sobre una pequeña estantería con libros y dos oscuros sillones, un retrato de ella, de cuerpo entero, hecho al óleo, en el que estaba representada tal y como, poco después de haberla conocido, él se la había imaginado: con un vestido de noche amarillo pálido, muy escotado, y que la hacía verse mucho mayor de lo que era en realidad; con una gran flor artificial del mismo color sobre el pecho; el cabello cortado de una manera ligeramente diferente de como lo llevaba ahora; y sus manos, sus patas, de aquel color entre blanco y rosado, en

las que sostenía un chal grande, de encaje, también amarillo pálido y cuyo fleco le caía a los pies.

Poco a poco se fue acercando al cuadro, sin conseguir separar la vista de él, como si quisiera absorber todo cuanto pudiera para saciar su sed: este retrato encerraba en sí esa casa ajena, que no se sabía a quién pertenecía; toda la vida pasada y tal vez también toda la vida presente de Lena; sus salidas nocturnas ataviada con un vestido de noche; a aquellos que bailan con ella, la abrazan y le aprietan la mano; las largas horas durante las cuales posó para el pintor encontrándose a solas con él; la angosta llave de la puerta de la entrada; todo, todo lo que finalmente entendió Sasha.

—¿Quién es el autor de este cuadro? ¿De quién es esta casa? —le preguntó dirigiéndose hacia la puerta. Allí estaba ella, con una naranja en una mano y un rosbif frío, finamente cortado, en la otra.

—Esta casa es ahora mía —dijo ella bajando la vista—. Tome esto, vamos a cenar.

Pero viendo que él no se había quitado todavía el abrigo, añadió:

—Vaya a quitarse el abrigo y traiga de la cocina los vasos y el vino.

Él se sometió y salió; en el corredor, además de la puerta de entrada, había otras dos; abrió la primera: era el cuarto de baño. Encima del lavamanos, en una repisa de vidrio, había un vaso vacío y una polvera grande y redonda.

«Ella sólo viene aquí de vez en cuando, nadie habita este lugar —pensó—; si no fuera así, habría otros objetos». Se alisó los cabellos y se lavó las manos sintiéndose muy desconcertado. La segunda puerta conducía a una cocina pequeñísima, muy limpia, que casi parecía un decorado de teatro. Una botella de vino del Rhin, destapada, fría y polvorienta estaba sobre la mesa.

«¿Por qué vino del Rhin? —pensó de nuevo—. ¿Quién bebe en París vino del Rhin?». Volvió a la habitación en donde Lena preparaba la cena en una mesa redonda. Esta vez no miró el retrato. Asentó la botella y se alejó hasta la estantería de los libros: le saltó a la vista Dostoievski en traducción al alemán, un volumen de Novalis y números atrasados de *Simplicissimus*. Detrás de la estantería había lienzos y más lienzos, apoyados contra la pared, y también los había amontonados sobre un alto y oscuro armario que tenía una estrecha puerta bruñida.

—Yo le diré a quién pertenece este apartamento —dijo de pronto Sasha—. A su amante, un pintor alemán. No tengo ganas de encontrarme con él, prefiero irme.

Ella abrió mucho los ojos y levantó un brazo en actitud de defensa.

—No —dijo—, no vendrá, no tema. No se marche, ¿sería capaz de hacerlo?

Sasha dio unos cuantos pasos en dirección a la puerta, sentía que se abrasaba de los hombros a las rodillas; era como si se hubiera tragado una cucharada de vinagre; los celos que había sentido se transformaron en su alma en una tristeza mortal.

—No vendrá —repitió Lena—. Ha muerto. Quédese.

Se dejó caer en una silla al lado de la puerta. Hubo un silencio. En medio de la luz lechosa de aquella lámpara baja, lenta y dolorosamente se fue acostumbrando a las cosas que le rodeaban, a los sillones, a los libros, al diván bajo y ancho, a las palabras de Lena.

«Era pintor —pensó— y murió en sus brazos».

—La primavera pasada —dijo con una voz casi imperceptible.

«Y hela aquí, en la misma habitación a la que debía venir con él, y a la que quizá, en otro momento, traiga a otro hombre».

—Entonces pensé que jamás podría traer a nadie más aquí —continuó Lena—, pero usted... ¿Está usted muy asustado? ¿Tiene miedo?

—No tengo miedo de nada —respondió él—. ¿Lo amaba?

Ella lo miraba desde un rincón de la habitación; él vio un par de ojos inmóviles, ojos que no parpadeaban.

—¡Lena! —gritó y se levantó para acercarse a ella.

—Sí, lo amaba. ¿Sufre usted? Sí, si yo no hubiera amado a nadie antes que a usted, seguramente le sería más fácil, todo sería más simple, como ha sido simple para usted hasta este momento. ¿Eso era lo que usted quería?

—No.

—He aquí las dificultades. No hay obstáculos, ¿qué obstáculo podría haber si he sido yo misma quien lo ha traído hasta aquí? Pero las dificultades le harán sufrir. Perdóneme.

Él se sentó junto a ella, el terror que lo había mantenido como bajo el peso de un yugo, comenzó a soltarlo poco a poco, Lena vio cuán pálidamente brillaban sus ojos.

—Sasha —dijo ella con apenas un hilo de voz—, que no pase nada entre nosotros hoy, reservémosnos un «tal vez». No me mire de ese modo.

—Razona usted demasiado —dijo él, tomándola un poco bruscamente de las manos—. La han besado anteriormente en esta habitación, y más de una vez.

Ella retrocedió hasta el extremo del sillón y de nuevo sus ojos se alargaron hacia las sienas. Por un instante él se sintió horrorizado ante su brutalidad.

«La sumisión», emergió de pronto el final de un pensamiento. Pero inmediatamente después le pareció de una febrilidad aterradora que el tiempo transcurriera, que él la dejara irse, que quizá todo aquello no se repetiría jamás, y que Lena no volvería a estar con él a solas, tan cerca, tan en secreto, los labios con olor a vino. «¡Palabras de amor —resonó en él—, palabras de amor!». No las encontró y la abrazó en silencio, y en ese momento se acabaron todos sus pensamientos, sus dudas y sus reflexiones; en cuanto rozó sus labios llegó el olvido, y dejó de importarle que en la conciencia de Lena el pensamiento continuara trabajando durante un tiempo, un pensamiento que buscaba, que juzgaba, que negaba. Y cuando hubo transcurrido la larga y apasionada eternidad, él se sorprendió de que, como antes, estuviera encendida la lámpara y la naranja sin pelar se encontrara sobre el mantel.

IV

Lo primero que vio Sasha cuando abrió los ojos fue la débil luz de la mañana de octubre en la ventana no del todo cerrada por la persiana. Levantó la cabeza. Las paredes cruzadas de sombras vacilaban ante sus ojos. Allá lejos, en la niebla de la luz matutina, se extendía el vestido amarillo con la flor del mismo color, y flotaba un rostro.

Sasha se incorporó cuidadosamente. Lena dormía muy cerca de su hombro, tenía los cabellos revueltos, como una gavilla sobre la cabeza, los ojos enmarcados por oscuros círculos, la nariz extraordinariamente delgada y recta: ahora estaba casi hermosa. Durante mucho tiempo estuvo contemplando su boca entreabierta por la que asomaban sus dientes, de entre los cuales uno de los incisivos era ligeramente más corto que el otro, después se fijó en sus dedos, metidos entre la almohada y la mejilla, también eran pálidos, delgados, más espirituales que cuando ella estaba despierta. Casi no podía distinguirse su respiración, por un instante pareció que dejaba de respirar y una arruga delgada y ligera se dibujó entre las cejas; pero Lena no se despertó; por el contrario, cerró la boca y se quedó dormida más profundamente.

Despacio, sin hacer ruido, Sasha liberó las piernas de debajo de la manta, pisó la alfombra y se acercó a la ventana. Abajo había el pozo del patio; arriba, el cielo y las chimeneas de las casas; el día era claro, frío, transparente. El cielo era azul, sin una sola nube, sobre los tejados resplandecía el sol. Sasha giró con cuidado la llave del radiador: el agua comenzó a circular por los tubos. Se le ocurrió que bien podía ser la una, y de pronto, con tristeza, se acordó de Iván, quien probablemente ya habría vuelto y tal vez ahora estaría roncando. Sasha se acercó a la mesita de noche. Su reloj se había detenido en las tres y media, había olvidado darle cuerda la noche anterior; el reloj de ella, con una correa de seda, yacía ahí al lado. Estaba funcionando, él podía oír su marcha argentina, pero era tan increíblemente pequeño que no se podía

descifrar nada en él. Lena seguía durmiendo, su cabeza de rubia cabellera se hundía entre las grandes almohadas, su pesada y ardiente cabeza estaba llena de vehementes pensamientos y de sueños que Sasha desconocía. «Es mía, es mía», murmuró él lleno de un terror maravilloso.

Ignoraba qué hora podía ser, y no tenía ni idea de dónde, en qué rincón de París, se encontraba. Se acercó de nuevo a la ventana. El día era, al parecer, radiante, azul y dorado, a pesar de que abajo, en el patio de asfalto, en la sombra, la lluvia de la víspera hubiera dejado un charco. Sasha recordó que ayer, cuando se dirigía a la casa de los Shilovski, era martes. ¿Tal vez ya hacía una semana que se encontraba viviendo en aquella habitación, mirando aquel retrato amarillo hasta sentir dolor en los ojos y oyendo la respiración de Lena durmiente?

Por cuanto Sasha no pudo hacerse una idea del lugar en el que se encontraba, comenzó a figurársele que estaba muy lejos, muy, muy lejos, no sólo de su casa, de Katia y de Iván, de la universidad y de su vida pasada, sino también del propio París. En un momento de verdadero esfuerzo de la fantasía, se imaginó que era una ciudad extraña aquélla a la que había ido a parar, en donde no conocía a nadie, donde no comprendía siquiera la lengua en la que hablaban las personas que tenía alrededor. Estaba de pie junto a la ventana de aquella ciudad imaginaria. Todo había terminado con el pasado, éste se había desvanecido sin dejar huella, en el presente tenía a Lena, su cabeza durmiente en el centro de una inmensa cama.

De pronto prestó oído. Sonaba un reloj. Contó nueve campanadas. A Dios gracias aún era temprano: temprano para él, pero Iván tenía que haber comenzado a preocuparse. Las nueve en una ciudad tan grande, cuyo ruido apenas se distinguía a través de la ventana herméticamente cerrada.

Salió despacio al corredor, abrió la puerta del cuarto de baño; había entrado allí la víspera, y nada había cambiado durante la noche: el mismo vaso, la misma limpieza deslumbrante de todos los objetos. Sasha se enjuagó la boca, se salpicó la cara con un poco de agua y sintió cómo se desvanecía, de manera irrevocable, el penetrante olor a Lena y a su perfume, un olor del que estaba impregnado; los cabellos, las manos, la camisa olían a aquel perfume, pero a causa del ligero frío, del aire fresco del baño, del agua misma, este olor había comenzado a evaporarse. Sasha percibió su presencia justo en el momento en el que estaba preparado para volatilizarse.

Se miró en el espejo y nuevamente se sintió embargado, como unos días antes en el café, después de haber leído la carta de Lena, de una mezcla de un orgullo que le oprimía el corazón y un dulce asombro ante sí mismo. Se alisó

el cabello, en el bisel del espejo se desdoblaba un arco iris. Salió sin hacer ruido y oyó pasos en la escalera: alguien pasaba frente a la puerta.

¡Basta! ¿Sería cierto que el pintor que había vivido aquí, que había dormido en esa cama, que había pintado a Lena estaba muerto? Tal vez esté vivo y en algún momento vuelva por sus lienzos; irrumpirá entonces con la cara desfigurada por la desesperación, con un grito, o quizá sencillamente así, en silencio, puesto que es alemán y los alemanes saben comportarse. Verá que se han bebido su vino del Rhin y que la mujer lo ha traicionado y se ha burlado de él. O, tal vez, se acercará sigilosamente hasta la puerta y golpeará con humildad, porque él ha estado de acuerdo en que ella conserve la llave, ha dado su aprobación para que el apartamento sea utilizado.

En eso pensaba Sasha mientras iba del cuarto de baño a la cocina, en donde la cena de la víspera se había quedado intacta en un ambigú bajo, en donde olía a vino y a cáscara de naranja (las manos de Lena se habían quedado impregnadas del olor a cáscara de naranja y Sasha había soñado con ellas, lo recordaba ahora, eran tantas aquellas naranjas que él las aplastaba, caminaba encima de ellas, y las removía con las manos). Sasha comprendió de pronto cuán cobardes eran todas sus suposiciones a propósito del regreso del pintor alemán; se acercó al ambigú, cogió con dos dedos una rebanada delgada de rosbif y se la llevó a la boca: la carne estaba fría y tierna. Tomó un salero de cristal tallado que estaba allí mismo, puso sal a la segunda rebanada y se la comió. De ese modo comió unos cinco trozos, acompañándolos con un *brioche* seco y endurecido, se limpió la boca y las manos con un trapo que colgaba de una cuerda justamente encima de la cocina, y salió.

Siempre en silencio, comenzó a buscar sus cosas en medio del caos de objetos lanzados por toda la habitación. Varias veces se topó con ese encendedor de Lena que ahora le resultaba familiar; en la mesa, bajo los guantes, se encontró con un bolso que, entreabierto, dejaba a la vista un paquete de billetes de cien. Comenzó a vestirse. Lena seguía durmiendo. Movié la pierna por debajo de la manta, como si estuviera soñando con una huida o se viera a sí misma convertida en cervatillo. Puso en sus bolsillos los objetos que se habían caído: un lápiz, una libretita, un peine; estaba totalmente listo. El sol era cada vez más claro, cada vez atravesaba la persiana con mayor luminosidad. Sasha se acercó a la cama.

Con ambas manos giró hacia él la cabeza adormilada de Lena. Ella abrió los ojos. Poco a poco, como si observara un arco iris invisible, con una mirada soñolienta recorrió el dormitorio y de pronto pareció despertarse:

—¿Ya está usted vestido? ¿Se marcha? ¿Qué ha hecho para que yo no oyera nada?

Él guardaba silencio sin quitarle los ojos de encima.

—¿Qué hora es? ¡Váyase cuanto antes, qué pensarán de usted en casa!

—¿De usted no pensarán nada?

—De mí nadie piensa nunca nada.

Él se sentó en la cama junto a ella.

—Son más de las nueve. ¿Usted se quedará aquí?

—Sí, yo me quedo.

—¿Todo el día?

—En todo caso hasta la hora del almuerzo.

Él comprendió que sería imposible obligarla a marcharse con él, que las cosas no habían cambiado, que ella continuaría haciendo su voluntad.

—¿Ha dejado usted de amarme? —preguntó él, sabiendo que era falso, pero sin poder abstenerse de hacer esa pregunta.

—¡Qué tonterías pregunta! ¿No le da vergüenza?... ¿Y usted? —preguntó ella bruscamente, buscando los ojos de Sasha.

Él acarició sus quebradizos y cortos cabellos, siempre quitándolos de su frente alta y ahora húmeda.

—Váyase, de verdad, ya es hora —dijo ella severa—, yo le escribiré cuando sea posible volver.

—¿Aquí?

En esta ocasión ella lanzó una mirada rápida a la habitación.

—Sí, aquí.

«Debo irme, debo irme, Iván no se acostará, sólo Dios sabe qué puede suceder», se repetía Sasha.

—Se preocuparán por usted —dijo ella—, váyase, esto es insensato.

Pero al tiempo que le dirigía estas palabras lo mantenía cogido de la mano, hasta que de pronto lo soltó y ella misma se apartó.

—Adiós, ya deben ser cerca de las diez. Mientras llega...

Él se levantó de un salto, una vez más la miró, su hombro estaba atravesado por la cinta blanca de terciopelo de su camisa. Y de pronto él salió al recibidor y de allí, una vez que hubo cogido su abrigo, a la escalera. Azotó la puerta de la estrecha cerradura y corrió escalera abajo, a lo largo de la barandilla, recorriendo todo el espiral que rodeaba la jaula del ascensor. Pasó corriendo frente a la puerta de la conserje, poco faltó para que entrara corriendo en el inmenso espejo, y salió de un salto a la calle, soleada,

salpicada de charcos azules en donde yacía y se consumía el cielo, y al aire transparente de un día de sol.

Anduvo por las blancas losas de la acera, dirigiéndose hacia donde, según le pareció, había un poco más de movimiento. Parecía embriagado. ¿Qué calle era aquélla? ¿Y el número de la casa? Recorrió rápidamente el camino andado para ver bien la puerta por la que acababa de salir, pero ya se había alejado y no recordaba cuántos pasos aproximadamente había dado: ciento cincuenta, cien o sólo cincuenta. Todas las puertas eran iguales, las casas también parecían iguales. En el número diecisiete vio una palma: le pareció que no había visto ninguna palma junto a la escalera; en el número diecinueve el ascensor estaba del lado izquierdo de la puerta: pero ya se sentía incapaz de recordar nada; y en el veintiuno había una mujer en el umbral sacudiendo una alfombrita, y él, sin detenerse, volvió sobre sus pasos.

Leyó el nombre de la calle cuando llegó a la esquina: le era desconocido, pero ¿qué podía importarle cómo se llamara la calle si en medio de su locura no había reparado en el número de la casa? Ahora el apartamento se había extraviado, no conseguiría encontrarlo, no sabía a nombre de quién estaba, y si Lena no lo quisiera, él jamás volvería allí. «Qué extraño —pensó sintiéndose irritado contra sí mismo—, es como si no hubiera existido. Como si no hubieran existido ni esta noche, ni esta mañana». Tuvo que andar a pie un buen rato hasta que, finalmente, salió a una plaza más bien amplia, sembrada de árboles. De nuevo sintió como si se encontrara en una ciudad desconocida: jamás había estado allí y no conocía aquellos lugares; pasaba un autobús en el que podía llegar hasta la Estación del Norte. El sol brillaba cada vez con mayor intensidad en las partes metálicas de los automóviles; cuando se reflejaba en un cristal, el rayo se convertía por un instante en el propio sol, e iluminaba todo a su alrededor: deslumbraba. Sasha estaba en la esquina, la gente iba de un lado a otro frente a él; manzanas y uvas tardías rodaban desde las altas ventanas de un almacén de comida hasta la acera, a los pies de Sasha. Y de pronto, como un relámpago, le llegó otro recuerdo: el aroma de la cáscara de naranja, el pálido rostro echado hacia atrás, de pómulos un poco japoneses. Ella debía seguir acostada, en la quieta penumbra del séptimo piso, que desaparecería irremediablemente en cuanto ella se levantara y abriera la ventana. Ella debía seguir acostada allá, sola; él la había dejado con los hombros ardientes, ceñidos por las cintas frescas, y nadie en el mundo entero sabía que ella lo amaba, que ella había sido suya, que lo había llevado allí, bajo el retrato amarillo, y que había sido feliz con él. Y el rosbif, y los grifos del cuarto de baño, y el paisaje en el corredor (¡seguramente el pintor no

había sido de los importantes!), todo, todo pasaba como estaño fundido por su memoria: la cama amplia, un poco dura y baja, la manta, nueva del todo, tan suave y tan tibia, y aquellas luces que había visto moverse por el techo de repente, muy temprano por la mañana, cuando acababa de despertar —¿de dónde y adónde?— o... ¿simplemente lo había imaginado? Todo eso había sucedido, era real, lo había experimentado con los cinco sentidos, y ahora no tenía nada, no conservaba siquiera la dirección, el nombre. Y cualquier transeúnte podría acercarse y decirle: «Joven, usted ha inventado todo esto; joven, está usted en un error».

Eran las diez de la mañana cuando abrió la puerta de su habitación. Iván estaba sentado sobre la cama y lo miraba con aire hosco; era evidente que, a pesar de todo, había dormido, aunque con un sueño ligero, que se había despertado al oír los pasos de Sasha, pero ahora pretendía convencerse y convencerlo de que ni siquiera había pensado en dormir.

—En otra ocasión podrías prevenirme sobre tus visitas a los burdeles —dijo Iván enfadado— para que, uno, no me preocupe, y dos, no pierda el tiempo en averiguaciones.

Era la forma habitual de expresarse de su hermano, en múltiples casos hablaba así, de modo que Sasha sonrió ligeramente. Sin embargo, de pronto se sintió irritado por las palabras de Iván y por Iván mismo sin comprender por qué.

—Para otra vez —continuó Iván rascándose la espalda—, no es necesario quedarse a dormir en el burdel hasta la mañana; ¡una horita, o dos, o bueno, tres, pero verdaderamente qué especie de apatía es ésta de quedarse allí toda la noche!

Lo decía sin creer él mismo ni una sola de sus palabras; le faltaba fantasía para imaginar la noche de Sasha, y en el fondo de su alma se la imaginaba profundamente cándida.

Llevó la manta hasta su cara y Sasha vio entonces las uñas lisas y negras que ya no se podían limpiar con nada, y le pareció imposible que esa misma noche fuera a acostarse allí, en esa cama, con esas sábanas, él, a quien Lena había abrazado. Con un sentimiento súbito de repugnancia vio la almohada sucia, grisácea, contra la que se frotaba ahora la mejilla de Iván, la misma sobre la que él lloraría y reiría por la noche. Con los brazos caídos a lo largo del cuerpo miraba lo que estaba sobre la mesa, los libros y los papeles, los calzoncillos; la silla estaba ocupada con el traje, el periódico y el cepillo de

los zapatos, y Sasha sintió asco, asco y tristeza. Iván ya dormía: ni el sol en el cielo, ni el espléndido día podían incitarlo a no dormir. Y en ese momento Sasha sintió deseos de salir de allí corriendo, no importaba adónde, con tal de no ver a Iván mientras dormía.

Ese deseo estaba relacionado con el dulce tormento que sentía al pensar en Lena. «Ella sigue allá», se repetía por décima vez. Sentía que no podía quedarse más tiempo en aquella habitación semioscura, impregnada de olor a tabaco, quería correr por la calle, perderse entre la gente. Sacó su cartera, tenía poco dinero. Entonces, tras asegurarse de que Iván dormía, se acercó a su chaqueta, introdujo la mano en el bolsillo interno y sacó con dos dedos, sin hacer ningún ruido y con sumo cuidado, cincuenta francos. Fue como un descanso, como un suspiro profundo después de un gran esfuerzo, como el sueño después de febriles horas de insomnio. Sasha salió.

Ni siquiera él sabía adónde y con qué propósito se dirigiría. Se sentía ligero, sano, seguro de sí mismo. Los demonios que llevaba dentro se multiplicaron con una rapidez inexplicable. «Debería enviar flores a mi amante», se dijo y se sorprendió ante el sonido alegre y audaz de aquella palabra. En un comienzo este deseo repentino, por su vanidad, no le sedujo, le pareció que había perdido el rumbo y que debía hacer un esfuerzo para detenerse. Pero en ese momento se topó con una floristería, como si aquella mañana corriera con mayor suerte que de costumbre. Entró y comenzó a elegir las flores, sin saber él mismo qué escoger: era la primera vez en su vida que estaba en una tienda de flores. Una señorita con mal color de cara y un prominente trasero no cesaba de interponerse en su camino y sus agrios consejos lo irritaban. Todo era caro; las rosas tenían un aspecto flácido y deslucido y los claveles se veían tristes. Sasha se encogió de hombros, desconcertado, pero puso una cara que parecía lamentar no haber caído en el lugar correcto y salió. Sobre el vidrio oscuro de la puerta vio que no tenía buen aspecto y que además estaba sin afeitarse: decidió entrar en una peluquería.

Cuando salió, empolvado y con los cabellos pegados al lóbulo de la oreja, eran las once y media, y recordó que debía ir a almorzar con Andréi: se había puesto de acuerdo con él hacía dos días. Por primera vez en su vida deseó que la entrevista con Andréi hubiera pasado ya. Andréi, que tantas veces había mirado en su alma, se transformó en la imaginación de Sasha en una especie de espía, en alguien que lo acechaba aun en contra de su voluntad, como si

Sasha no fuera siempre el primero en ir a buscarlo a propósito de cada minucia, de cada insignificancia. La idea de que también hoy Andréi lo miraría de esa manera tan suya, tan especial, y que él tendría que hacer frente a esa inoportunidad, le produjo un sentimiento desagradable. Pero en ese inevitable duelo que debía llevarse a cabo había algo consolador: él podría demostrar que, siempre que fuera necesario, era un artista de la disimulación, que podía ser alguien menos sencillo de lo que había sido hasta entonces y podía no sentir compasión aún por el hombre más querido, cubriéndolo, si hacía falta, de frío.

Llamó a la puerta. Tatiana Vasílievna le abrió y le pidió que se limpiara los pies.

—¡Hoy no está mojado! —dijo él.

—Sí, pero anoche llovió —respondió ella—. Fui al mercado y lo sé: el pavimento estaba cubierto de charcos.

Le dijo a Sasha que para el almuerzo habría croquetas de ternera y compota, que estaba invitada Zhénichka Shilóvskaia y que Mijaíl Serguéievich no había vuelto aún de pasar visita a los enfermos.

—¿Por qué me miras de esa manera? —dijo Andréi—. ¿Has tenido algún percance?

—No, al contrario. Ningún percance.

—Pues tienes mal aspecto, como si no te sintieras bien por dentro, íntimamente. ¿No te habrás resfriado?

—En absoluto. Tengo la cara que tengo.

Andréi volvió a mirarlo, ahora se había vuelto escudriñador.

—Vendrá Zhenia —dijo—, tiene ganas de verte, de hablar; dice que eres huraño, que no las visitas.

—Estuve en su casa anoche —dijo Sasha aplicadamente—, pero ella no estaba.

—¡Ah! ¿Por qué no lo dijiste antes? Ella había ido a visitar a unos parientes, y yo, sabes, estaba trabajando. Tendría que haberte prevenido.

—Estuve una horita con Lena.

—Oye, por ahí dicen que Lena te gusta, ¿es verdad?

—¿Quién lo dice?

—No sé, no me acuerdo. Pero atención, ve con cuidado.

—¿Por qué he de ir con cuidado? Ella no me gusta, tu Zhenia es mejor.

—Con cuidado porque ella es una mujer, cómo te diría, un poco distinta de nosotros. Te puede envolver de tal manera que llegues a perder la tranquilidad.

—¿Tú crees que podría?

—Sí. Se han dado casos.

—¿Qué dices?

—Digo que se han dado casos así.

Sasha sintió cómo se congelaban su frente y sus mejillas, cómo lo recorría un escalofrío desde la nuca y a lo largo de la espina dorsal. «¡Vaya, con la reputación que tiene!», pensó con rencor. El demonio de la curiosidad estuvo a punto de empujarlo a interrogar a Andréi sobre el pasado de Lena. Pasó a la habitación.

—Mira —dijo Andréi—, ayer en el malecón compré este viejo Brantôme, parece que tuviera lepra, ¡mira en qué mal estado está! Me lo dieron por cien francos.

Sasha pasó la mano por la vieja cubierta.

—Se lo regalaré a Zhenia. ¿Te parece ridículo?

Sasha esbozó una sonrisa crispada.

—Por qué ridículo, regálaselo... ¿Viene a tu casa cada día?

—No, a veces yo voy a la suya, pero no es frecuente. Conoces a Milia, su hermanita, es muy divertida, parece un conejito.

Andréi se levantó, le pareció haber oído el timbre de la entrada.

—Disculpa —dijo y salió apresuradamente. Sasha se quedó solo.

Se encontraba al lado de aquellos libros, al lado de toda aquella vida que hasta hacía tan poco tiempo todavía había compartido con Andréi. Pero había sucedido algo que de pronto lo había arrancado de allí, que lo había convertido en un juez burlón y hostil de ese mundo. En él se había producido alguna cosa, algo que no conseguía explicarse. «Y ella sigue allá —de nuevo golpeó en su cerebro—, allá, allá, sola, se ha vestido, también se dispone a almorzar. Hay luz en la ventana, de día la habitación seguramente parece más pequeña, el agua corre por los radiadores, la habitación está templada». Este recuerdo lo irritó por el sentimiento de triste victoria que contenía. Intentó sofocarlo, sintiendo que en cualquier momento podría llegar a una conclusión monstruosa, con un peso enorme, y de la cual dependería constantemente todo lo que estuviera por venir. Se apretó las manos y redobló su voluntad para no caer en aquel pensamiento aterrador que había encontrado una vaga configuración.

—Hola —dijo Zhenia al entrar—. Pensaba que nos encontraríamos con mayor frecuencia. ¿Por qué se oculta usted de mí?

Él la miró. No se parecía a Lena; tenía una cara muy vivaz, casi fea; desde su primer encuentro había advertido que la diferencia de años entre ellas

parecía mayor. Y sin embargo en ella había algo que ahora le había recordado a Lena, un parecido de familia, en el color de la piel, en el movimiento imperceptible de los labios y de los ojos que completaba y explicaba a Sasha la apariencia de la propia Lena. Y este parecido difuso, pero que él había advertido, lo reconfortó. «No se parece, pero es la misma sangre —se le ocurrió—. Iván y yo no nos parecemos, pero tal vez los extraños también encuentren un aire de familia». Le resultó altamente desagradable pensar que Iván podría completar y explicar, a los ojos de los demás, su propio físico.

Y de pronto estalló aquello contra lo cual había estado peleando todo ese tiempo, aquello que con tanta tenacidad había contenido; estalló, lo arrolló y lo iluminó todo: la orgullosa alegría de que Lena misma se le hubiera entregado, que lo hubiera llevado consigo, que lo hubiera elegido. No tenía que desear nada, no debía luchar por nada (era ella quien debía desear y luchar), lo que él tenía que hacer era simplemente consentir o no consentir.

De golpe todo se simplificó. Cuando logró ver las consecuencias que el amor de Lena por él traería, se sintió embargado por una gran ligereza. Sintió un bienestar tan inmenso por su vanidad consolada, que todo su amor, o aquello que él llamaba amor, se ensombreció de pronto y únicamente quedó un dulce sentimiento de satisfacción consigo mismo que le horadaba el alma.

«¿Qué soy? ¿Quién soy? Un miserable, con una madre de comportamiento infamante, con un hermano que trabaja para las propinas, con Katerina, tonta y provinciana, con un futuro que me ha sido impuesto; soy como un ciego que camina tras las huellas de alguien que se dirige a algún lado, mi vida es insignificante y tengo envidia perenne en el corazón», se consolidaba en su interior, mientras se dirigía al comedor y se sentaba a la mesa, donde Mijaíl Serguéievich, con la nariz roja, el pelo cano y un fuerte olor a hierba quemada que emanaba de las axilas y la boca, se ocupaba de una botella de vino ácido. En otra época, Sasha se había considerado un hijo en esta casa, en los remotos años de la escuela y de los exámenes; los sillones gastados, las borlas de las gruesas cortinas, las servilletas bordadas le parecían, por alguna razón, demasiado rusos; Tatiana Vasílievna, flaca, amarillenta a causa del hígado, sin cejas, estaba sentada frente a él y lo llamaba Sáshenka. Y aquí, entre ellos, en este mismo lugar, en esta misma mesa, había aparecido esta Zhenia, que le recordaba absurdamente a aquella, la otra, y como un hilo lo unía a Lena, un hilo sin artificio, lazado no por voluntad suya. Aquí estaba ella, ahora la veía muy de cerca, porque aquí nadie se avergonzaba de ella, porque aunque se encontraba en una situación nueva, su unión con Andréi estaba consolidada. «¿Cuándo habrá tenido

tiempo de acostumbrarlos a ella y de habituarse ella misma?», pensó Sasha. Su rostro era fresco, el cuello y los puños de su vestido deslumbrantes, y bajo la barbilla llevaba un antiguo broche de Tatiana Vasílievna.

La conversación giró en torno a los anillos que por dentro debían llevar grabados los nombres; se habló también de que junto al puente de Austerlitz habían sacado al amanecer el cadáver de un hombre joven.

—Sí, sí —decía Sasha—, por supuesto, los anillos con los nombres grabados, pero yo debo estar en la biblioteca a las dos, o a más tardar a las dos y media.

No dejó de percibir, ni por un momento, el olor que emanaba de Mijaíl Serguéievich y se sorprendía de que Zhenia no lo sintiera: si lo sentía no podría estar sentada a su lado o, tal vez, incluso dejaría de ir de visita: Mijaíl Serguéievich también, a su manera, completaba a Andréi. Resbaló su mirada sobre los rostros, pero la irritación que sentía por todo lo que veía a su alrededor no disminuyó. «¡Está bien, pero es imposible que no vea el sucio delantal de la sirvienta! No puede dejar de comparar, aunque sólo sea mentalmente, a aquélla de cofia y tacones con esta pobre mujer». Se sentía languidecer por nimiedades que repentinamente se le habían subido a la cabeza y amenazaban con ensuciar y ocupar todo lo que pensaba y lo que sentía.

«Tendieron las redes y pescaron a una novia rica —pensaba, mientras oía la voz de Tatiana Vasílievna—, y yo... —sintió vergüenza y logró sobreponerse a ese sentimiento—, yo no pesqué a nadie, me pescaron a mí. Seguramente no han corrido así detrás de Andréi, ni le han escrito cartas, ni se le entregaron a la tercera noche». «¡Dios mío, en qué estoy pensando! ¡Es repugnante! Si pudiera marcharme cuanto antes... Andréi es guapo, no como yo, y su casa es decente».

—Así que dígame, Sasha —decía Mijaíl Serguéievich—, ¿le gusta mi futura nuera o no? Tres centímetros de distancia entre las cejas, de la barbilla a los ángulos de la boca, cerca de cinco y medio. Yo creo que es hermosa.

Zhenia reía.

—Ya veremos cómo será su esposa. Estoy convencido de que tardará no menos de diez años en casarse, pero después se conseguirá una quinceañera. ¡Usted es así. Dios lo acompañe! Tal vez le tome unos dos años conquistarla, pero después ella lo tendrá dominado.

—Lamento oír lo que dice, Mijaíl Serguéievich.

—Pues no lo oiga. Tome compota.

—No quiero ninguna compota. Antes, las cosas eran así.

—¡Ah! ¡No diga tonterías! Todo sigue siendo como antes. En este campo no hay cambios.

—No está usted al corriente. Antes dos años eran cualquier cosa, pero ahora uno puede obtener de una mujer lo que se le antoje en el lapso de una semana.

Mijaíl Serguéievich miró a Tatiana Vasílievna y levantó las cejas.

—Vaya, vaya... Es usted un fanfarrón. ¡Ay, ay, ay! Se podría pensar que no ha conocido sino a mujeres de la calle.

Sasha aplastó entre las uñas una migaja de pan, como si fuera una pulga.

—Las cosas antes eran así —dijo con voz impertérrita—, antes se las clasificaba: unas eran mujeres de la calle y las otras no, pero ahora la diferencia casi ha desaparecido.

—¿Casi? —preguntó Andréi ruborizándose.

—Dejemos el tema —dijo Zhenia—. Él tiene razón, no vale la pena discutir.

Sasha se contuvo para no contestarle.

—De todas formas querido, usted exagera —dijo Mijaíl Serguéievich—, también hoy hay mujeres a las que es agradable respetar. Y de nuevo miró de forma harto expresiva a Tatiana Vasílievna. Sasha levantó la vista serenamente.

—¿Ha encontrado usted mujeres así entre sus pacientes?

Mijaíl Serguéievich señaló con los ojos a Zhenia, pero Sasha inmediatamente desvió la mirada; no quería enterarse de ninguna alusión.

Después del almuerzo decidió que debía quedarse por lo menos una media hora más, a pesar de que tenía muchas ganas de marcharse y de que no le fuera fácil encontrarse con la mirada de Andréi. En esta casa, en la que jamás había observado ningún tipo de etiqueta —en un principio porque era demasiado pequeño para ellas, y después porque no se le había ocurrido siquiera que eso fuera necesario para nadie—, decretó que irse inmediatamente después del almuerzo era imposible. Esta resolución no era sino la consecuencia inconsciente del sentimiento de exclusión que había experimentado allí ese día; le parecía que lo hacía por Zhenia. Tenía el aburrimiento pintado en el rostro, se desbordaba en su silencio; Zhenia continuaba mirándolo con curiosidad y sentada sobre la cama de Andréi conversaba con él a media voz. Andréi se sentía incómodo, intentaba no dirigirse a Sasha, pero no lograba dejar de percibir su molesta presencia. Cuando se despidió de él en el vestíbulo, le preguntó con tono de reproche:

—¿Qué ocurre? ¿A qué se debe este cambio?

A lo que Sasha respondió —las palabras se le escapaban involuntariamente de la boca, no alcanzaba a reflexionar sobre lo que decía— que el cambio no radicaba en él, sino en el propio Andréi, que era algo que todos tenían claro desde hacía tiempo, y de manera traidora señaló con los ojos en dirección a la habitación en donde se encontraba, Zhenia.

Salió a la calle, se sentía totalmente desmenuzado en trozos imposibles de juntar. Se detuvo en la encrucijada; del mismo modo se había detenido aquella mañana en una calle desconocida: los automóviles pasaban, y él amaba, él amaba a Lena, y era feliz, en cambio ahora... La deseaba tanto como antes, pero la úlcera del orgullo que emponzoñaba toda alegría rezumaba en su corazón. Como si este orgullo no hubiera reducido a cenizas sólo a Lena, sino también a Andréi, y a Katia, y a Jamier, a quien de pronto recordó como a un viejo pasado de moda, obeso y no demasiado pulcro. Parecía que en el alma de Sasha no quedara lugar ni para un nombre, ni para un rostro.

No, había una sombra, había un nombre del cual él se había acordado en esos momentos y hacia el que tendía mentalmente, buscando compasión y complicidad: se trataba de su astuta y alocada madre, la señora Turn, que había podido construirse un bienestar en la vida y consolar su ávido amor propio, y que ahora, seguramente con lágrimas vulgares y con palabras falaces y dulces, sería capaz de comprenderlo. Tomaría su cabeza con ese movimiento que había aprendido veinticinco años atrás de Sarah Bernhardt y lo llamaría «mi pequeña niña, hijita mía», como lo llamaba antaño, cuando lo despreciaban y lo golpeaban los niños, cuando en la clase de danza, perdida en el callejón Chernishov, para horror de su padre, él había bailado «haciendo de dama» una chacona y un *pas—de—patineur*. Ella estaría dispuesta a oír su relato, lleno de amor propio, sobre cómo lo había seducido Lena Shilóvskaia, cómo se había sentido atraída por él y cómo, sin detenerse a pensar ni en ella ni en su destino, se había convertido en su amante.

En la biblioteca, bajo una luz verdosa, junto a un tintero redondo, lo esperaban los libros que había solicitado la víspera.

Una vez más, como cada día, el profesor de derecho penal estaba arrellanado frente a Sasha y se escarbaba la nariz con un lápiz; de nuevo el enjuto y cacarañado abad inclinaba su cara hemorroidal sobre una carpeta repleta de periódicos del año once; a lo lejos, junto al mostrador donde se encontraba sentado el encargado y una señorita con nariz negroide no paraba de moverse, se oía de vez en cuando la ronca y breve tos de un empleado que recorría las mesas, y que a veces llegaba hasta el rincón en donde se hallaba

sentado Sasha; en ocasiones el empleado se inclinaba junto a las personas sentadas alrededor de aquellas mesitas bajas, y susurraba algo que podía ser, por ejemplo: «ahora se lo traerán», «está prestado», «espere una media horita», y de nuevo seguía su camino. En diagonal a Sasha estaba sentada una mujer alta, huesuda, que tendría alrededor de cincuenta años; a veces la tapaban las espaldas y las cabezas de quienes estaban sentados entre ellos, pero en general, cuando él levantaba la cabeza, se topaba con sus ojos, a pesar de que estaban separados por una distancia de alrededor de cincuenta pasos. Ella meditaba sobre un volumen abierto de la Ley de Enjuiciamiento criminal, su mirada clara e inexpresiva estaba dirigida a un punto: los ojos de Sasha. Llevaba una pechera de tul con el cuello muy recto y por encima del vestido lucía un reloj con cadena de oro. Ya fuera que Sasha se ocultara o se mostrara nuevamente, ella no le quitaba la vista de encima, sin reparar en su presencia.

Él sacó su lápiz y su libretita. Tenía que realizar un esfuerzo para pasar a otro voltaje, para sumergirse en ese río que, con lentitud, fluía a su encuentro. Cruzó los brazos y se puso a mirarse las manos, los dedos largos, nudosos y pálidos, las uñas fuertes, transparentes y anchas. Sus pensamientos pasaban de largo impetuosamente, desapareciendo sin dejar huella, se sentía atrapado por un remolino de pequeñeces insignificantes y sombrías cuya fuerza era agobiante. Cuando este estado de vacío y de angustia inerte lo abandonó, tuvo la impresión de que había dormido: no lograba recordar nada; experimentó un fuerte estremecimiento que recorrió todo su cuerpo y luego estiró los brazos.

El libro estaba abierto. Durante muchos años había buscado el conocimiento, lo había buscado para sí mismo, para la vida para la cual se preparaba. Pero el gusto por aquellos libros, sobre los que había meditado tantas horas, de pronto desapareció: en su alma no había sino tedio. Los pensamientos ambiciosos que revoloteaban en la cabeza ante la palabra «tesis», y que habían henchido su alma de una avidez pletórica, perdieron su fuerza, su ímpetu, y una sensación de insipidez tardía inundó su alma: el absurdo de los últimos años, la inutilidad de todos los esfuerzos realizados lo horrorizaron. El dinero de Iván, el celo de Katia, el tiempo que él mismo había perdido, Jamier, el doctorado, las relaciones, todo le pareció en ese momento vano, aburrido, ridículo. Nada de aquello debía haber ocurrido, todo había sido para nada, sólo necesitaba una cosa, algo único que reemplazaría ahora todo lo demás: el amor de Lena, casarse con ella. Sólo entonces conseguiría felicidad, dinero y una carrera. ¿Acaso valía la pena realizar esfuerzos, leer, escribir, salir a defender sus ideas, cuando frente a él se presentaba ya lista una vida espléndida e irresponsable? ¿Acaso valía la pena

esforzarse, redoblar la atención, hacer caso de los consejos de Jamier, mirando cómo baila en su boca la dentadura postiza, cuando ya sin todo esto hay una vida preparada que lo está esperando? Faltó poco para que farfullara en voz alta: «¡No, no, no merece la pena!». Pero al pensar en el trabajo realizado durante los últimos cinco años, en el ardor con el que había vivido ese tiempo, se detuvo.

Había amado profundamente todo aquello: la gente, los libros, los horizontes de su vida futura. ¿Sería posible que todo se hubiera perdido simplemente porque alguien lo había llevado hasta su casa y se había convertido en el dueño de su existencia? Aquella pregunta envenenada, cargada de tedio, sobre la necesidad de todo lo que había hecho hasta entonces, lo emponzoñaba. Se obligó a sí mismo a bajar la vista hacia las páginas del libro y cayó en la cuenta de que no veía el texto, sino únicamente los márgenes que crecían y se ensanchaban llenando el espacio que tenía alrededor.

Por compasión de sí mismo, por el tiempo malgastado y el equilibrio espiritual perdido, tenía ganas de echarse a llorar, con la cabeza sobre la mesa, bajo la lámpara; pero en vez de hacerlo miraba los lejanos ojos de la mujer desconocida, su cara marchita y vulgar, que había visto cada día durante tantos y tan largos años, años felices.

En la calle no había habido ningún cambio; estaba todo lo que desde hacía tanto tiempo amaba con un amor fiel: los árboles que perdían sus hojas, el cielo oscuro, fresco, el viento rápido que venía al encuentro de su pecho, la gente, los automóviles, las luces. Lena, seguramente, ya estaría en casa. ¿Por qué no le habría enviado flores? Las rosas de octubre, llenas de espinas, tal vez la habrían divertido. Por medio de las flores la habría obligado a pensar en él de manera más intensa.

Su corazón palpitaba ante este pensamiento, sólo le hacía falta una cosa: que todos a su alrededor se enteraran del amor que Lena sentía por él, que lo supiera la ciudad, el mundo, que lo admiraran, que lo envidiaran; la idea de que más tarde o más temprano lo sabrían todas las personas que lo conocían, reanimaba su alma y le producía un bienestar más grande que el amor.

«Más grande que el amor», alcanzó a pensar con un ligero sobresalto al entrar en la habitación en la que estaba Katia que, con una pierna muy levantada, se cosía la media debajo de la rodilla; se veían sus bragas de

algodón, rosadas, y sus raídas ligas. Su gorro estaba allí mismo, y sus lacios y sebosos cabellos se le pegaban por toda la cabeza y le cubrían la frente.

—Vaya con nuestro buen Sasha —dijo Katia, inclinándose hasta la rodilla y mordiendo el hilo—, hasta la mañana de parranda con la mayor de las Shilovski. Iván, ¿a qué hora volvió? ¿A las nueve? ¿Más tarde? Y se fueron ayer por la noche, yo los vi.

—¿Has estado hoy en su casa? —preguntó Sasha.

—Sí.

—¿A qué hora volvió ella?

—Como a las tres. Casi no se la oía.

Ella miraba a Sasha con una mezcla de admiración y curiosidad.

—¿Adónde habéis ido? —preguntó ella, finalmente.

Él pasó su mirada de Katia a Iván fingiendo que no oía. Sentía que ambos sabían mucho, que adivinaban lo esencial.

—¿De qué se trata todo esto, es algo nuevo? —preguntó Iván.

A Sasha le gustaba lo inoportuno de aquellas preguntas, descendía de las alturas deslizándose por un camino andado.

—¡Dejad de importunarme! No ha pasado nada.

—¡Mientes, *mientes*!

La vulgaridad de la conversación se ocultaba de Sasha por el placer que le producía haber sido colocado, en la imaginación de alguien, al lado de Lena para siempre. Lo que no había podido permitirse con Andréi, de pronto se lo había permitido con toda facilidad aquí: con dos o tres palabras les dio a entender que en su vida se estaban sucediendo acontecimientos extraordinarios, pero no por culpa suya, y ni siquiera por un deseo suyo, ¿entendéis lo que quiero decir? Le habría gustado que aquel juego verbal continuara mucho tiempo, que siguieran pinchándolo los brillantes ojos de Iván y los extasiados ojos de Katia. Les agradecía la posibilidad que le brindaban de insinuar, de zafarse y de deslizarse.

—Sabes, Iván, yo le decía; cierra la puerta, que no se den cuenta de nada —se atragantaba Katia—, es mejor que no sepan que somos casi parientes.

—Pues es algo que no podrás ocultar por mucho tiempo.

Sasha palideció. No habría querido decir Iván con esto que...

—Sea como sea, no hace falta, de verdad, no hay para qué.

«¿No habría querido decir Iván que habrá que anunciar a Lena sus relaciones con Katia? ¿Y que solamente tienen una cama, y hablarle de su vida miserable y difícil? Habrá que hacer algo con ellos, no hay más remedio», pensó Sasha.

—Creo que Katia tiene razón —dijo él.

—¿Te avergüenzas de nosotros?

—No, qué dices, ¿cómo has podido pensar eso? Si no hubiera sido por ti...

—Mejor cállate. Veo que te estorbamos o, mejor, que en algún momento te estorbaremos —sonrió con mansedumbre y de nuevo no creía lo que decía—. Nos conoces bien a Katerina y a mí, no hemos sido ni seremos un obstáculo para ti. Pero es imposible ocultar nuestra existencia.

—¿Pero qué dices? ¡Eres un estúpido! —se enfadó Sasha—. Sabes muy bien para qué trabajas, para qué estás tratando de hacer de mí una persona con una buena posición social. ¿Qué ha cambiado? Solamente he dicho que Katia tiene razón, que no hace falta importunar de antemano a nadie con la vida que llevamos.

—Por supuesto —exclamó Katia cubriéndose la cabeza—, tú, Iván, ves las cosas de una manera burda, y hay que hacerlo con delicadeza. Después todo se aclarará, no puede no aclararse, pero por ahora, ¿para qué abusar de la franqueza? Puede ser que, por lo pronto, sus relaciones no estén demasiado consolidadas.

Sasha estaba de pie e internamente se estremeció: sí, sería imposible ocultarlos, ahora, después; imposible ocultar toda esta vida, y a su madre que había huido por dinero, y tantas cosas más. Si ellos no existieran, ¡qué tranquilo, qué sencillo y qué hermoso sería todo! Él mismo lo habría conseguido todo, no le debería nada a nadie. Pero no había nada de esto, Andréi lo revelaría, si es que no lo había revelado ya: él dependía íntegramente de su hermano, un hermano que había dejado su juventud por él.

—No iré a cenar —dijo Sasha—. Id sin mí.

Salieron en silencio, él seguía cada uno de sus movimientos. «¿Qué hacer con ellos? —se preguntaba—. Abandonarlos, pagarles el dinero que les debo, con tal de que no se inmiscuyan en mi vida. ¿Pero qué dinero? Hasta que pueda hacerlo habrá pasado medio año, tal vez incluso más, y entre tanto ellos estarán aquí, en casa, y también allá, en todos lados. Y Andréi lo comentará todo, tal vez incluso lo haga a propósito». Ahora no era el amor que sentía por Lena. Llegaba a olvidarse de ella por largo tiempo, para volver a ella por un lapso corto, con indolencia, y estremecerse ante algún recuerdo breve y abrasador. No sentía amor, sino un odio inexplicable y primario hacia todos y hacia todo lo que no fuera ella. A veces este odio traspasaba las fronteras dando algún latigazo a la propia Lena, sin ningún motivo, tal vez sólo porque ella no lo había retenido con suficiente ternura por la mañana, cuando él se

disponía a marchar, o porque hasta ese momento no había intentado hacerle saber que lo amaba tanto como antes.

La puerta se abrió. Katia había vuelto trayendo con ella la cena: pan, salchichón y col agria caliente —si sientes hambre, come, hay que cenar. Y además quería preguntarle, ¿no había tomado dinero de Iván? Le faltaban cincuenta francos de la cartera.

—No, no he tomado nada —dijo Sasha con firmeza—; quiero decir sí los tomé, por supuesto, ¡qué pregunta más tonta! Los tengo aquí, íntegros.

Hizo incluso el gesto de buscarlos, pero ella le dijo que no hacía falta, que Iván únicamente lo preguntaba, pero que no pedía que se los devolviera.

Se fue. Eso representó un descanso para Sasha, tenía necesidad de quedarse solo y, lo más importante, de no ver a aquellos dos, de no oír sus palabritas. ¿Cómo había podido soportarlos cerca hasta entonces? Y no únicamente soportarlos, sino amarlos, ser tierno y sincero, cuando en realidad los despreciaba y los odiaba, cuando eran para él una vergüenza manifiesta y pedestre. Tomó entre las manos el paquete embadurnado de grasa, todavía caliente y húmedo, dejó sobre la mesa el pan y el salchichón, desenvolvió la col y aspiró el olor agrio y grasoso. Furioso salió de la habitación, abrió la puerta que daba al retrete y se deshizo de todo lo que había en el papel lanzándolo al excusado. Tiró dos veces de la cadena; el agua corrió haciendo un gran estrépito; volvió a la habitación, vio en el espejo que estaba pálido, que tenía los labios resecos y los ojos hundidos, se sentó en la silla y se acodó en el borde de la cama.

Una bombilla amarilla ardía en el techo. Sasha estuvo mucho tiempo sentado sin moverse, sin pensar, sin sentir, en un embotamiento mortal. Transcurrió una hora. Levantó la cabeza, se pasó una mano por la frente, por los tupidos cabellos, y de nuevo sus pensamientos se pusieron en movimiento.

¿Cómo había podido hablar así con Iván de Lena, así, con ese evidente aire de superioridad y desdén! Para intentar consolarse, se detenía con voluptuosidad en las insinuaciones.

y aquello era una cochinado imperdonable, una fanfarronería y al mismo tiempo una traición. Chasqueó los dedos. ¿Y si se enterara al día siguiente de que ella había muerto? En primer lugar —un lugar doloroso—, sentiría seguramente —sí, por supuesto, ¿para qué fingir?— despecho; despecho por el cambio súbito, porque todo lo pasado quedaría únicamente en su memoria. ¡Pero qué estupideces! Ella no morirá, vivirá, puesto que él la necesita.

¿Qué había dicho ella sobre las dificultades? Se había reído de él: ¿qué dificultades podrían presentarse cuando ella misma se le había entregado? Y

su pasado, ¿acaso podía tener alguna importancia si él en realidad había muerto? Se acordó entonces del retrato, y para su sorpresa los celos no se excitaron. En cambio se despertó en él un sentimiento de animadversión hacia el pintor y hacia la propia Lena, y la cólera ocasionada porque Andréi pudiera sospechar algo sobre aquella relación y, tal vez, otras personas también. Si le hubieran dicho que aquella había sido una relación larga, un gran amor con una separación trágica, pero que nadie, ni siquiera una sola alma en el mundo lo sospechaba, él se habría sentido aliviado. Pero la idea de que todo el mundo estaba al tanto de aquella aventura sencilla, breve y triste, lo humillaba y lo torturaba.

Y de pronto se estremeció. Casi dos horas después de haber estado sentado así, con las huellas del arte de la peluquería en las mejillas: se estremeció. Como un rayo lo atravesó la idea de comprobar, de contar sus tesoros y de preguntarse dónde estaba el amor. Todo a su alrededor se derrumbó en unos cuantos pensamientos solitarios. ¿Dónde está el amor? Permaneció sentado, devastado por aquella pregunta, y de pronto surgió en la memoria la expresión de los ojos radiantes, japoneses; la boca oscurecida, aumentada... Se aferró a ese recuerdo, sintió cómo la sangre se precipitaba del corazón a las rodillas, cómo comenzaron a temblarle las manos, cómo le zumbaron los oídos. «¡Allí está el amor! —pensó con alivio y con tristeza, asiéndose a la voluptuosidad—, ahí está el amor: una casa secreta, un abrazo, la oscuridad». De nuevo transcurrió un largo tiempo, él seguía sentado. Finalmente le pareció que había llegado el momento de acostarse, que tenía ganas de dormir. Comenzó a desvestirse. En el silencio de la habitación, en el silencio de la calle había algo aterrador, era como si aquella noche hubieran muerto todos los trasnochadores, los ladrones, las mujeres de la calle, los transeúntes tardíos, los automóviles nocturnos con sus ruidos y sus voces consoladoras. Era como si el mundo hubiera sido trasladado más allá del horizonte, y si se lanzaba un grito, el grito desaparecería, y si se miraba por la ventana, no se verían más que estrellas.

Sasha se acostó. «¿Por qué no existe la felicidad?», se preguntó y pensó que estaba demasiado ocupado con su propio bienestar. «Hoy debería estar contento, ebrio, tonto y bondadoso, y en vez de todo esto, ¿qué ha pasado? ¿Qué me sucedió con Andréi? Repetiría mi conducta reciente. ¿E Iván? Estuve a punto de echar a Katia a empujones cuando volvió con la comida. Y en este momento no sólo la echaría, no la dejaría entrar siquiera, la mataría...». Se asfixiaba; la idea del fracaso inmenso y desastroso que le había caído encima justamente en aquellos momentos, cuando todo parecía

indicar que una felicidad inolvidable estaba a punto de comenzar, lo mantuvo dando vueltas en la cama. Luchó débilmente por aquello que él consideraba justo y hermoso, pero la lucha era desigual, con una fuerza repentina se instalaron en él los pensamientos ya usuales, aquellos que le habían enseñado a no creer en lo justo y a burlarse de lo hermoso; luchó apenas lo necesario para demostrarse a sí mismo su debilidad anterior y su fuerza actual, y para embriagarse con una fácil victoria sobre sí mismo.

Tardó mucho tiempo en quedarse dormido. Estaba descubriendo el insomnio. Encendió varias veces la luz, lo que hacía más profundo y más terrible el silencio. «¿Por qué no duermo?», se preguntaba; cogió de la mesita de noche el cuaderno cuadriculado de Katia con las poesías, aquel que una vez, hacía mucho tiempo, había abierto con veneración, y deslizó los ojos por los versos:

Todo lo que no eres tú es tan fútil y tan falso

o

Amada ceniza...

Quédate eternamente conmigo en mi pecho dolorido—

pero aquello ya no conseguía atraer su atención. Su corazón se encogía en cuanto apagaba la luz, un espasmo le oprimía la garganta, lo sofocaba, y él pensaba que si en realidad fuera «una niñita, hijita mía», como le decía en una época su madre, seguramente se soltaría a llorar y se sentiría aliviado. Pero no lloró porque tenía frío y rencor en el alma muerta, y tedio, un tedio insomne en sus envenenados pensamientos.



NINA NIKOLÁYEVNA BERBÉROVA (San Petersburgo, 26 de julio de 1901 - Filadelfia, Estados Unidos, 26 de septiembre de 1993) fue una escritora rusa famosa, entre otras cosas, por narrar la vida de los exiliados rusos en París.

Hija única de Nikolái Ivánovich Berbérov, funcionario del Ministerio de Finanzas y de Nataliya Ivánovna Karaúlova, su historia como escritora comienza en Berlín, más tarde en París y luego en Estados Unidos como describe en su autobiografía «*Kursiv moi*», (Курсив мой) publicada en 1957.

Vivió en París desde 1925 a 1950, año en que se estableció en Estados Unidos, donde trabajó para las universidades de Princeton y Yale.

Murió el 27 de septiembre de 1993 por complicaciones tras una caída.

Notas

[1] Medida itineraria rusa equivalente a 1.067 m. (*N. de la E.*). <<